



**PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR
FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

DECLARACIÓN y AUTORIZACIÓN

Yo: **MARCO ANDRÉS ZULETA HERRERA, CC. 172074390-3**, autor del trabajo de graduación intitulado: **“LA CONCIENCIA MORAL EN RELACIÓN CON EL SENTIMIENTO DE CULPA EN EL SUJETO”. UN ESTUDIO A PARTIR DEL PSICOANÁLISIS**, previo a la obtención del título profesional de **PSICÓLOGO CLÍNICO**, en la Facultad de Psicología.

1.- Declaro tener pleno conocimiento de la obligación que tiene la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, de conformidad con el artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior, de entregar a la SENESCYT en formato digital una copia del referido trabajo de graduación para que sea integrado al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador para su difusión pública respetando los derechos de autor.

2.- Autorizo a la Pontificia Universidad Católica del Ecuador a difundir a través de sitio web de la Biblioteca de la PUCE, el referido trabajo de graduación, respetando las políticas de propiedad intelectual de Universidad.

Quito, febrero 2015

MARCO ANDRÉS ZULETA HERRERA

CC. 172074390-3

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

**“LA CONCIENCIA MORAL EN RELACIÓN CON EL SENTIMIENTO DE
CULPA EN EL SUJETO. UN ESTUDIO A PARTIR DEL PSICOANÁLISIS”**

MARCO ZULETA HERRERA

DIRECTORA: ASTRID DUPRET

QUITO, 2015

Contenido

RESUMEN	4
ABSTRACT	5
PALABRAS CLAVE.....	6
INTRODUCCIÓN	7
1.- EL CONCEPTO DE CONCIENCIA MORAL EN LA OBRA DE FREUD.....	11
1.1. Origen del concepto	11
1.1.1. Prefacio.....	11
1.2. La hipótesis del Inconsciente	14
1.2.2. La segunda Tópica	17
1.2.3. La función de la conciencia moral en la obra de Freud.....	19
2.- LA ESTRUCTURACIÓN SOCIAL	20
2.1. El horror al incesto	20
2.2. La consciencia Moral	27
2.3. Narcisismo	30
2.4. La relación del niño con el padre y la ley	31
3. LA CONSCIENCIA MORAL EN LA ESTRUCTURACIÓN SUBJETIVA	35
3.1. El sujeto del Inconsciente.....	35
3.2. La ambivalencia como condición de existencia	44
3.2.1. La insatisfacción como creador de deseo. (El súper Yo)	44
4. LA CONSCIENCIA MORAL EN EL MUNDO POSTMODERNO	53
4.1. La consciencia moral desde lo subjetivo hacia lo colectivo	53
4.2.- La desestructuración psíquica.....	59
4.3.- La sociedad del consumo (capitalismo)	63
4.4.- La Consciencia moral en la postmodernidad.	66
CONCLUSIONES	69
REFERENCIAS.....	73

RESUMEN

Este trabajo es un estudio del concepto de consciencia moral en la obra Freudiana.

Analiza la importancia de su función en los procesos anímicos del sujeto como en la relación frente al otro y al mundo exterior. Examina el contexto histórico de su origen e historia en la teoría psicoanalítica, así como también su relación con otros conceptos analíticos en especial con el sentimiento de culpa.

Analiza la incidencia que este concepto guarda frente al proceso estructuración subjetiva, y de los componentes que se ponen en juego para este proceso. Así como para la génesis de la vida en sociedad, sus primeros esbozos, la naturaleza de su dinámica, además de la relación de la humanidad frente a la ley.

Finalmente propone una interpretación argumentada del fenómeno social contemporáneo, a través de las propuestas teóricas de otros autores del psicoanálisis sobre la articulación de estos conceptos. Lacan (1972) escribe:

Era un tiempo en el cual lo público, no era lo mismo que la exposición de lo privado, y cuando uno pasaba a lo público se sabía que era un develamiento, pero ahora eso no devela nada, porque todo está develado.

ABSTRACT

This work is a study of the concept of moral consciousness in the Freudian work. Analyze the importance of its role in the mood processes of the subject as the relationship with others and the outside world. Examines the historic context of its origin and its history in psychoanalytic theory, as well as its relation with other analytical concepts especially the feeling of guilt.

Analyzes the impact that this concept saves against the subjective structuring process, and components that come into play in this process. As for the genesis of life in society, their first outline, the nature of its dynamic, in addition to the relationship of humanity against the law.

Finally proposes a reasoned argument interpretation of contemporary social phenomenon, through the theoretical proposals of other authors of psychoanalysis on the articulation of these concepts. Lacan (1972) writes:

It was a time when public, was not the same as the exposure of the private, and when one pass to the public you knew it was an unveiling, but now it does not unveil anything because everything is unveiled.

PALABRAS CLAVE

- Consciencia moral
- Sentimiento de culpa
- Inconsciente
- Pulsión
- Aparato psíquico
- Tótem
- Tabú
- Estructuración subjetiva
- Complejo de Edipo
- Prohibición
- Deseo
- Objeto de satisfacción
- Goce

INTRODUCCIÓN

Es capacidad del ser humano, el poder manifestar o expresar sus sentimientos y pensamientos, esto nos permite evidenciar su posición frente al mundo. Sin duda estos elementos son el reflejo de un estado interior. Una de las manifestaciones más claras de este estado interior de los sujetos es la concepción en la que nos basamos para juzgar si lo que hacemos está bien o mal, esta concepción suele ser representada como una voz interior, la voz de la consciencia moral.

La “conciencia moral” es un tema que el ser humano ha cuestionado, desacreditado y confiado durante toda la historia conocida, pero no es su historia ni su dirección, lo que más llama la atención sino su carácter. Este carácter de imperativo y de certeza absoluta en sí mismo, y el consecuente dolor moral por las faltas que se cometen frente a él. En base a esta característica, es que se plantean varias dudas. ¿Cuál es la génesis de la conciencia moral en el sujeto? ¿De dónde adquiere este carácter de certeza en sí mismo? ¿Cuáles son los mecanismos por los que actúa? ¿Cuál es su importancia para los procesos psíquicos del sujeto? ¿Cuál es su importancia para la vida en sociedad? La articulación teórica para responder a estos cuestionamientos, se ve confrontada con la profunda complejidad del tema y son justamente aquellos impasses los que generan el interés por la elaboración de este trabajo.

El nacimiento psíquico de un sujeto no ocurre al mismo tiempo que su nacimiento biológico. Podríamos decir que el nacimiento psíquico de un sujeto se sitúa en el momento de inflexión del lenguaje, es decir cuando las articulaciones sonoras que realiza comienzan a ser manifestaciones significativas para él. Este es un proceso largo en el que atraviesa por varias etapas que comienzan desde la primera sujeción al

lenguaje hasta que llega a un dominio del sistema lingüístico, y del que también se dará como resultado la instauración de la conciencia moral.

El lugar que ocupa el sujeto frente a los otros, su condición y su manera de relacionarse, dan cuenta de su estructura psíquica. Dentro de esta estructura, se encuentran sedimentados principios y mecanismos que permiten el funcionamiento anímico. Este funcionamiento muchas veces se manifiesta de manera consciente para el sujeto, en su comportamiento, pero en otras ocasiones ese funcionamiento permanece desconocido para el sujeto, porque pertenece al ámbito de lo inconsciente.

Dentro de esta estructura psíquica, se encuentra la conciencia moral, la cual se expresa y afecta, a cada individuo de una distinta manera y en un diferente nivel, en razón de construcciones internas y externas vivenciadas por el sujeto, y cuyo significado en él adquiere un sentido personal y específico. Esta conciencia moral se manifiesta en ocasiones de manera consciente y otras veces de manera inconsciente, pero es un contenido que permanece latente en la cotidianidad del sujeto.

La presente investigación tiene como objetivo hacer un aporte teórico que permita entender la significación e importancia del concepto de conciencia moral en el psicoanálisis. Conocer cuáles son los elementos que están en juego para su construcción dentro de la estructura psíquica, y en el ámbito social y cuáles son sus formas de manifestación, todo esto desde una perspectiva freudiana. El cumplimiento de estos objetivos permitirá realizar un aporte novedoso para el estudio y la comprensión de este concepto.

La conciencia moral es un tema que pese a encontrarse ligado de manera muy profunda al trabajo analítico, ha sido muy poco un tema de estudio específico para el psicoanálisis. Esto en parte porque el concepto no fue tratado por separado por Freud,

sino que se encuentra ligado a varios de sus trabajos, y además porque el término en sí, pudo haber sido abordado con otros nombres, y estuvo ligado a otros conceptos de los cuales el propio Freud decidió diferenciarlo posteriormente. Es justamente por esta falta de articulación y el interés por realizar un aporte en este tema, el cual ha sido un interrogante constante durante mi vida, que se genera mi motivación por este trabajo. Más allá de la contribución teórica la importancia social de este trabajo recae en un cuestionamiento de la importancia de la existencia y la influencia de este concepto para la cotidianidad de la existencia del ser humano.

En el primer capítulo se presentará el concepto de la consciencia moral en la obra de Freud. Para esto se realizará una pequeña introducción al contexto histórico de la filosofía y psicología, previos a Freud y a su hipótesis del inconsciente. Hipótesis que se presenta como la base sobre la cual se asienta el desarrollo de toda la teoría psicoanalítica. Además se estudiará la primera y segunda tópicos freudianas, de donde se conocerá la estructura del aparato psíquico, la cual se encuentra ligada directamente con las funciones de la consciencia moral.

En el segundo capítulo se abordará a la consciencia moral dentro del proceso de estructuración social. Para esto se remitirá al mito de la horda primitiva, propuesta por Freud en tótem y tabú. De manera en que podamos acercarnos a los primeros avistamientos de una organización social, representada por el tótem y a los primeros sistemas de valores, o prohibiciones morales, causantes de culpa y personificadas por el tabú. Acercándonos a la primera conceptualización de consciencia moral en psicoanálisis. De igual forma se trabajará sobre conceptos trascendentales para la vida en conjunto, elaborados por Freud desde esa época como el narcisismo y la relación de la sociedad frente a la ley y la autoridad.

El tercer capítulo tratará del proceso de estructuración psíquica en el sujeto. Se trabajará en la dialéctica entre los padres y el hijo. El complejo de Edipo y su resolución, en donde se ponen en juego procesos psíquicos, tales como la ambivalencia de sentimientos hacia el padre por parte del niño varón, por la envidia del lugar que ocupa junto a la madre. Envidia que engendra sentimientos hostiles en el niño lo cual provoca en el un sentimiento de culpa y de miedo, estos procesos hacen de soporte principal para el proceso de estructuración subjetiva. La relación primordial que se establece con los padres por parte del infante aparece como el cimiento para la inserción del niño en la cultura permitiéndole el acceso al deseo, y la instauración de un referente ideal al cual busca alcanzar.

El cuarto capítulo se dirige particularmente a realizar una observación de la consciencia moral en la sociedad contemporánea. Para ello se estudiará los cambios de paradigmas sociales en el mundo postmoderno y los efectos que estos causan sobre el proceso de estructuración psíquica propuesto por Freud. Así como también para la vida en sociedad.

Finalmente se podrá concluir al respecto de los objetivos que plantea la investigación, dirigiéndose a las observaciones específicas de los procesos de estructuración tanto social como subjetiva. Y observar el papel que cumple la consciencia moral en estos procesos.

CAPÍTULO PRIMERO

1.- EL CONCEPTO DE CONCIENCIA MORAL EN LA OBRA DE FREUD

“En efecto, no es preciso prohibir
lo que nadie anhela hacer, y es
evidente que aquello que se prohíbe
de la manera más expresa
tiene que ser objeto de un anhelo. .”

(Tótem y tabú, Freud, pág. 74)

1.1. Origen del concepto

1.1.1. Prefacio

En su diccionario de psicoanálisis, Chemana (2010) nos dice:

Varias acepciones que se refieren al término conciencia se distinguen en el inglés (consciousness, estado de conciencia; awareness, conciencia, conocimiento; conscience, conciencia moral) y en alemán, contrariamente a lo que ocurre en francés [y en castellano]. En alemán, se distingue: 1) Bewu**b**theit: (hecho de) conciencia (termino más bien filosófico). 2) Bewu**B**tsein: (acto de) conciencia, que designa a la vez en Freud, la conciencia y lo consciente. 3)

Gewissen: Conciencia moral. Este término está más particularmente ligado a las consideraciones de Tótem y Tabú, de la segunda tópica y de la tercera de las *Nuevas conferencias*". (p. 83-84)

Para entender el origen del concepto de conciencia moral en el psicoanálisis, así como su naturaleza y dinámica, es necesario aproximarnos primero a los elementos teóricos que están presentes en su construcción. A través de la comprensión de los elementos que se articulaban en la época, se podrá aproximar a la importancia y el aporte que representó para la obra Freudiana, y para la sociedad, constituyéndose como una ruptura respecto del pensamiento del mundo moderno, y a la reflexión acerca del sujeto y la dificultad para reconocer las verdaderas motivaciones de muchos de sus comportamientos.

1.1.2. El cuestionamiento de la consciencia

Para la filosofía tradicional moderna la captación de la conciencia es el pilar para la concepción del mundo, y si bien este paradigma engloba a diversidad de autores que han tratado este tema, guarda este punto en común entre todas ellas. "La «filosofía de la conciencia» constituye el paradigma fundamental de la filosofía moderna de Descartes a Kant." (Gómez, 2007. p.167). Frente a la filosofía pre moderna, la filosofía moderna supone un giro subjetivador, reconociendo que es el pensamiento el que media entre el sujeto del conocimiento y el mundo exterior. Esto implica que la capacidad del sujeto para conocer el mundo, solo puede llegar a tener representaciones de objeto. "El giro ligado a Descartes puede sintetizarse en la pregunta acerca de cómo podemos asegurarnos de la certeza de nuestro saber." (Gómez, 2007. p.169).

La preocupación en el mundo moderno pasa sobre el problema de la certeza del conocimiento. “El sujeto del conocimiento es identificado con el yo, alcanzado por el giro reflexivo sobre mí como alguien capaz de tener representaciones de objetos y capaz de representarse a sí mismo en la autoconciencia.” (Gómez, 2007. p.169). La consciencia toma entonces un papel principal en cuanto a capacidad para percibir o reconocer algo exterior o interior. Chemama (2010) nos dice al respecto:

Las filosofías de su tiempo ubicaban a la consciencia como la esencia del psiquismo, es decir, la facultad que permite al hombre tomar conocimiento del mundo exterior, como de lo que pasa en sí mismo y dirigir sus comportamientos. Su experiencia clínica conduce a Freud, por el contrario, a afirmar que la consciencia no es sino una parte de lo psíquico y que esta no tiene conocimiento de ciertos fenómenos. (p. 84)

Dentro del paradigma de las filosofías de la consciencia se puede encontrar la indisoluble relación que guarda el sujeto del conocimiento con el Yo. Se plantea que en la reflexión sobre sí mismo, conocida como introspección, el Yo consigue el acceso a sus representaciones, de esta manera puede reconocer estas experiencias, las cuales serán inmediatamente subjetivadas, y por la acción de este proceso alcanzar la certeza. Es sin duda su intención de cuestionar la validez del discurso consiente, al considerar la consciencia en su conjunto como <<falsa>> conciencia, que ha de ser remitida a, y desenmascarada por una estructura subyacente, (...) una infraestructura pulsional (Freud). (Gómez, 2007. p.172)

1.2.La hipótesis del Inconsciente

1.2.1. Primera Tópica

Freud plantea la hipótesis del inconsciente, hipótesis fundante para el psicoanálisis. Este término ya había sido utilizado antes para designar lo que no es consciente, pero a partir de él, toma una dimensión completamente diferente. “Para la mayoría de personas con una formación filosófica, la idea de algo psíquico que no sea también consciente es tan inconcebible que les parece absurda y desechable por mera aplicación de la lógica” (Freud, 1923, p.15).

Freud se contrapone a la filosofía de su época planteando que inclusive en momentos donde el sujeto no esta poniendo su atención, existen procesos anímicos o representaciones tan intensas (factor cuantitativo – económico) que pueden tener consecuencias para la vida anímica, consecuencias que se reflejen en la consciencia, sin que las representaciones en sí devengan conscientes. Freud (1923) escribe:

Existen procesos anímicos o representaciones muy intensas (...) que, como cualesquiera otras representaciones, pueden tener plenas consecuencias para la vida anímica (incluso consecuencias que a su vez pueden devenir conscientes en calidad de representaciones), solo que ellos mismos no devienen conscientes.
(p.16)

Por el trabajo analítico se conoce que existe cierta fuerza que se manifiesta en la censura. “Esta teoría se vuelve irrefutable porque en la técnica psicoanalítica se han hallado medios con cuyo auxilio es posible cancelar la fuerza contrarrestante y hacer

conscientes las representaciones en cuestión.” (Freud, 1923. p.16). Estas representaciones antes de pasar al estado de consciencia por medio de la técnica psicoanalítica se encuentran en lo que se conoce como estado de represión. Es de lo reprimido de donde Freud saca el modelo de lo inconsciente. Sin embargo, aquí es importante señalar que si bien todo lo reprimido es inconsciente, no todo lo inconsciente está reprimido.

En su primera tópica, Freud describe al inconsciente como una de las instancias del aparato psíquico. “Un esquema de la psique dividida en dos partes, una de las cuales era la reprimida y la otra la represora. (...) no era difícil equiparar la parte reprimida de la psique con lo <<inconsciente>> y la represora con lo <<consciente>>.” (Strachey, 1923, p.5 citado en Freud, 1923). En el inconsciente habitan elementos reprimidos los cuales ven negado su acceso a la consciencia, por el propio hecho de serle opuestos. “Desde el punto de vista funcional, una fuerza reprimida trataba de abrirse paso hacia la actividad pero era frenada por una fuerza represora; desde el punto de vista estructural, a un inconsciente se oponía un yo.” (Strachey, 1923. p.5 citado en Freud, 1923). Esta fuerza reprimida son representantes pulsionales, investidos de energía, los responsables de provocar los influjos en el sujeto, mociones de deseo que movilizan al sujeto en la búsqueda de su satisfacción. “Llamamos represión {esfuerzo de desalojo} al estado en que ellas se encontraban antes de que se las hiciera conscientes” (Freud, 1923, p.16).

En esta primera tópica Freud indica además la necesidad de reconocer otras dos instancias psíquicas, una de las cuales somete la actividad de la otra a su crítica, y le prohíbe su acceso a la consciencia. Esta instancia crítica y reguladora será llamada Preconsciente y es la que se encarga de censurar lo inconsciente, y mantenerlo reprimido. “Prc (preconciencia) es la tercera retranscripción, ligada a representaciones palabra, correspondiente a nuestro yo oficial. Desde esta Prc, las investiduras devienen

conscientes de acuerdo con ciertas reglas.” (Freud, 1950, p.275) Aquí cabe recalcar que son solo las representaciones pulsionales y no las pulsiones mismas a las que se refiere, debido a que una pulsión no pasa por la consciencia. Estas representaciones investidas por energía pulsional (como los afectos), pueden ser desinvertidas por el sistema preconscious. Implicando que el paso de una representación desde una instancia a la otra se realiza por el cambio del estado de energía de la investidura pulsional. Freud (1923) explica:

La diferencia efectiva entre una representación (un pensamiento) icc y una (prcc) consiste en que la primera se consume en un material que permanece no conocido, mientras que en el caso de la segunda (la prcc) se añade la conexión con representaciones- palabra. (p. 22)

Es importante recalcar como Freud resalta el hecho de que estos complejos procesos del pensamiento se desarrollan fuera del alcance de la conciencia. “El psicoanálisis no puede situar en la conciencia la esencia de lo psíquico, sino que se ve obligado a considerar la conciencia como una cualidad de lo psíquico que puede añadirse a otras cualidades a faltar.” (Freud, 1923. p.15).

Más tarde, Freud encontraría varias dificultades relacionadas a la división entre lo consciente y lo inconsciente en las instancias psíquicas, razón por lo cual decidió no ahondar con mayor profundidad en estas.

1.2.2. La segunda Tópica

A partir de la segunda tópica (El yo y el ello, 1923), Freud propone un nuevo modelo del aparato psíquico. La parte encargada de la organización de los procesos anímicos en una persona se conocerá como el *Yo*, es de este *Yo* del cual dependerá la conciencia, y todos los procesos que le correspondan, como el de la motilidad, la censura de lo onírico, la represión. “Hemos formado la representación de una organización coherente de los procesos anímicos en una persona y la llamamos su *yo*.” (Freud, 1923, p.18). Entendiendo esto, en el análisis se buscará quebrantar las defensas del *yo* para que el contenido reprimido pueda salir a la conciencia y ser trabajado. Sin embargo, Freud notó que durante este proceso, los sujetos presentaban varias dificultades, las que se presentaban como resistencias en el camino hacia la cura, pero de las cuales la persona en cuestión no conocía. “El enfermo experimenta dificultades cuando le planteamos ciertas tareas; sus asociaciones fallan cuando debería aproximarse a lo reprimido. En tal caso le decimos que se encuentra bajo el imperio de una resistencia, pero él no sabe nada de eso.” (Freud, 1923, p.19)

Al entender que esta resistencia viene por parte del *Yo*, Freud nos dice que en el *Yo* existe también una parte inconsciente. “Hemos hallado en el *yo* mismo algo que también es inconsciente, que se comporta exactamente como lo reprimido, vale decir, exterioriza efectos intensos sin devenir a su vez consciente.” (Freud, 1923, p.19). Se dice entonces que el inconsciente no solo se encuentra en lo no consciente, ni tampoco solo puede pasar a la conciencia como una representación latente, sino que está directamente vinculado con el *yo*, no reprimido y que sin embargo nada de este conoce.

Si bien parecería que en la relación entre la conciencia y el *Yo*, es en donde se dan las más elevadas funciones de lo anímico, parece ser que Freud pudo reconocer que

operaciones anímicas de un alto nivel de dificultad, suelen darse sin alcanzar a la consciencia. Aunque estas impliquen un elevado uso de la reflexión. Freud (1923) dice:

Por ejemplo, en el estado del dormir, y se exteriorizan en el hecho de que una persona, inmediatamente tras el despertar, conoce la solución de un difícil problema matemático o de otra índole, que en vano se afanaba por resolver el día anterior. (p. 28)

En el trabajo con pacientes, Freud nota que varios de los procesos anímicos ocurren en el inconsciente, no solo los que parecen estar separados de la consciencia, sino inclusive los que dentro de una valoración social o ética ocuparían el lugar del estandarte. “hay personas en quienes la autocritica y la conciencia moral, (...) son inconscientes y, como tales, exteriorizan los efectos más importantes.”(Freud, 1923, p.28). De esta manera, infirió que las resistencias no son las únicas situaciones en donde el inconsciente se vincula con el Yo, esto a pesar de que este no lo sepa. “Si queremos volver a adoptar el punto de vista de nuestra escala de valores, (...) No solo lo más profundo, también lo más alto en el yo puede ser inconsciente.” (Freud, 1923, p.29).

En este momento de la obra de Freud toma fuerza la hipótesis de un sentimiento inconsciente de culpa, sentimiento que por actuar sin el conocimiento de la consciencia, evidencia sus resultados en la somatización de las neurosis, y coloca los obstáculos en el camino por la curación. “Las fuerzas de la conciencia moral que llevan a contraer la enfermedad por el triunfo, y no como es lo corriente, por la frustración, se entranan de manera íntima con el complejo de Edipo (...), como quizá hace nuestra conciencia de culpa en general.” (Freud, 1916, p.337). Esto nos da la idea, de cómo la culpa pasa a ser

un factor decisivo para la estructuración social y subjetiva, lo cual será tratado posteriormente.

1.2.3. La función de la conciencia moral en la obra de Freud

Chemana (2010), en su diccionario psicoanalítico, sobre el concepto de conciencia moral nos dice:

Tótem y tabú ve la introducción de la conciencia moral como <<la percepción interna del rechazo de ciertos deseos que experimentamos>>. Los textos ulteriores, y más particularmente la segunda tópica: el yo, el súper yo y el ello, distinguen la conciencia moral de la conciencia. A la conciencia moral <<la contaremos junto a la censura de la conciencia y la prueba de realidad, entre las grandes instituciones del yo>>. A partir de ahí el yo ocupa una posición central, y la conciencia moral, a la que se encuentran ligadas la culpabilidad y la angustia, toma una dimensión analítica. (p. 85)

El concepto de conciencia moral aparece de manera mucho más clara en el psicoanálisis a partir de la publicación de Tótem y Tabú, (1913) en donde inclusive se encuentra la primera definición que Freud nos daría sobre este término; antes de esto, la había mencionado sobre todo en los trabajos sobre la neurosis obsesiva, en donde se hace alusión a los penosos escrúpulos de la conciencia moral que se presentan frente a la tentación agazapada en el inconsciente y los efectos que esta tenía sobre la vida anímica de estos sujetos. A partir de esta obra, Freud hace uso de la conciencia moral, como un

proceso vital para la estructuración del sujeto. “En efecto, ¿qué es conciencia moral? Según el propio lenguaje lo atestigua, pertenece a aquello que se sabe con la máxima certeza {am Gewissesten wissen}; en muchas lenguas, su designación apenas se diferencia de la <<conciencia>> {Bewusstsein}.”(Freud, 1913. p. 73).

2.- LA ESTRUCTURACIÓN SOCIAL

2.1. El horror al incesto

El término de consciencia moral ya había sido mencionado con anterioridad en algunos trabajos sobre la neurosis obsesiva, y sobre los efectos que esta podía tener sobre la vida anímica de estos sujetos. “Fácilmente se advierte donde se sitúa la semejanza entre ceremonial neurótico y las acciones sagradas del rito religioso; en la angustia de la consciencia moral a raíz de omisiones, en el pleno aislamiento con respecto de todo otro obrar” (Freud, 1907, p.103). Sin embargo, es en el estudio del Tótem y del Tabú, donde Freud expone las primeras elucidaciones sobre este tema, completando su sentido originario y haciendo hincapié en las transformaciones que este ha sufrido por el paso de los años.

Comienza su investigación mencionando que para su trabajo escogió a las tribus que se podrían entender como los más salvajes y retrasadas según los expertos. Y que a partir del estudio de la vida anímica de estos sujetos, se podrá realizar una comparación con un estadio previo de nuestro propio desarrollo. Poniendo de relieve ciertos procesos anímicos tempranos de la vida del sujeto. “Escojo para esta comparación las tribus que los etnógrafos han descrito como los salvajes más retrasados y menesterosos: los pobladores primordiales del continente más joven, Australia.” (Freud, 1913, p.11)

Estas tribus primitivas han conservado rasgos arcaicos particulares, los pobladores primordiales de Australia los cuales no presentan huellas de una religión, desconocen de reyes, y solo comen la carne de los animales que pueden cazar

Freud (1913) dice:

De estos caníbales pobres y desnudos no esperaríamos, desde luego que en su vida sexual observaran reglas éticas como las entendemos nosotros, o sea, que impusieran un alto grado de restricción a sus pulsiones sexuales. No obstante, nos enteramos de que se han fijado como meta, con el mayor cuidado y la severidad más penosa, evitar relaciones sexuales incestuosas. (p.12).

Parecería ser que toda la organización de estas tribus, giraba o se organizaba alrededor de esta meta, la forma de organización era la del *totemismo*, que son agrupaciones, en las cuales cada una lleva un tótem que los representa, que por lo general solía ser un animal “El tótem es en primer lugar el antepasado de la estirpe, pero además su espíritu guardián y auxiliador que le envía oráculos” (Freud, 1913, p. 12). Pero aparte este sistema totémico servía para delimitar los vínculos sexuales entre sus miembros.

De hecho pese a existir otras prohibiciones totémicas, parece ser que esta era la que se castigaba y se velaba con la mayor severidad. Denotando el nivel de sensibilidad que presentaban estas tribus frente al incesto. Esto en un inicio parece ser consciente, pero posteriormente toman diversas vías y mutan. Llevándolos incluso a erigir varias costumbres que limitan el comercio individual entre parientes cercanos, Freud (1913) sobre la relación del yerno con su suegra dice:

La vía de la elección de objeto lo ha llevado hasta su objeto de amor, por regla general, a través de la imagen de su madre y quizá también de su hermana; a consecuencia de la barrera del incesto su predilección {*Vorlieb* <<amor previo>>} se ha deslizado desde esas personas queridas de la infancia hasta parar en un objeto ajeno, imagen especular de aquellas. (p. 25).

De esta manera Freud empieza la comparación entre la psicología de los pueblos primitivos y la vida anímica del neurótico, sobre todo con las primeras etapas del desarrollo psíquico. En donde afirma que por el trabajo analítico se ha podido discernir que la primera elección de objeto en el niño es incestuosa, y los caminos por los cuales él se libera de este deseo. Esto inmediatamente causa la más grande incredulidad o rechazo de parte de quienes la escuchan, hecho por el que Freud apunta, “Por eso no carece de importancia que los pueblos salvajes puedan mostrarnos que también sienten como amenazadores, y dignos de las más severas medidas de defensa, esos deseos incestuosos del ser humano, más tarde destinados a la condición de inconscientes” (Freud, 1913. p. 26)

Freud, toma el tema del Tabú, explica primeramente que entender esta palabra nos presenta un problema debido a que en la actualidad ya no podemos entender el concepto que ella representaba. Pero nos explica que en su significado el tabú nos lleva por dos vías, la primera la de la designación de lo sagrado, y la segunda la de lo ominoso y prohibido “el tabú se expresa especialmente en prohibiciones y limitaciones” (Freud, 1913. p. 27).

Así especialmente se trata de un conjunto de restricciones a las que los pueblos se sometían, por diversas razones, y las cuales eran impuestas en diferentes momentos, pero de las cuales tras su violación podía esperarse un castigo, ya fuese por efecto automático de la violación, a las fuerzas místicas con las que el tabú era puesto en relación o por el accionar de la sociedad frente al ofensor. Freud escribe, “Así, los primeros sistemas penales de la humanidad se remontan al tabú” (Freud, 1913. p. 29). De esta manera se nos da a entender que por diversos que fueran los motivos, y las metas que se buscaban con la imposición del tabú, su carácter principal se situaba en que debían someterse a él, con el convencimiento de que una violación se castigaría con la máxima severidad.

A partir de aquello Freud (1913) nos aclara que la razón para estudiar el enigma del tabú, es la relación de comparación que puede existir entre este y las prohibiciones a las que nosotros mismo obedecemos, como las de la moral y las costumbres. De manera en la que podamos esclarecer cuestiones sobre el origen de nuestro *imperativo categórico** (Kant). Inclusive nos dice que quien aborde este problema desde la perspectiva psicoanalítica, dará por conocido que muchas personas se someten a prohibiciones que ellos mismo se impusieron y que las siguen con el mismo rigor que los salvajes a los tabús de su tribu. Haciendo referencia a la enfermedad de la neurosis obsesiva.

Freud (1913) escribe:

La concordancia más llamativa entre las prohibiciones obsesivas (en los neuróticos) y el tabú consiste, pues, en que ellas son igualmente inmotivadas o de enigmático origen. Han surgido alguna vez y ahora es preciso observarlas a consecuencia de una angustia irrefrenable. No hay menester de amenazas

externas de castigo porque existe un reaseguro interno (una conciencia moral).
(p. 35).

Se demuestra que las prohibiciones obsesivas al igual que las prohibiciones tabú conllevan grandes restricciones para la vida de los sujetos, pero se sabe también que la angustia que ésta provoca puede ser aminorada por la realización de ciertas acciones que deben realizarse forzosamente, de manera compulsiva. Guardando estas un carácter de ceremonial a modo de penitencias: “Cualquier actividad puede convertirse en una acción obsesiva en el sentido lato, si es adornada con pequeños agregados, ritmada con pausas y repeticiones” (Freud, 1907. p. 103).

El trabajo analítico ya había propuesto explicaciones del mecanismo psíquico, que tiene lugar durante la primera infancia en los casos de enfermedad obsesiva: “Se exteriorizó un intenso placer de contacto cuya meta estaba mucho más especializada de lo que uno se inclinaría a esperar. Pronto una prohibición contrarío *desde fuera* ese placer; la prohibición, justamente de realizar ese contacto.” (Freud, 1913. p. 37). Aquí Freud habla de cómo la pulsión proveniente desde el inconsciente y que busca salir a la consciencia, expresándose en este contacto, es puesta en conflicto, con la prohibición del mismo.

Prohibición que es aceptada, pues encuentra sustento en el vínculo de amor existente con las personas que la impusieron. Y agrega que pese a ser aceptada la prohibición, no llega a cancelar a la pulsión: “El resultado fue solo reprimir {esforzar al desalajo} a la pulsión –al placer en el contacto- y desterrarla a lo inconsciente” (Freud, 1913. p. 37). De ahí entonces que tampoco la prohibición pueda ceder pues de darse esto, la pulsión podría seguir su destino, manifestarse a la consciencia, ejecutándose. Es decir que

ninguna de las dos desaparece, ambas se mantienen en un estado de constante pugna, creando una fijación psíquica. De lo cual, lo más notorio es entonces la ambivalencia que aparece frente a la ejecución de una acción en relación con un objeto, la cual de ejecutarse provocaría esta intensa sensación de placer, pero que no tiene permitido alcanzar. Esta condición de oposición no puede nivelarse directamente; “Están localizadas de tal modo en la vida anímica que no pueden encontrarse: La prohibición es expresa y consciente; en cambio, el placer de contacto, que perdura, es inconsciente: la persona no sabe nada de él.” (Freud, 1913, p.37).

De esta condición de ambivalencia hacia la ejecución de esta acción, nacen muchas de las condiciones tanto del tabú como del carácter en el obsesivo. La intensidad de la prohibición, se encuentra en relación directa con la intensidad del deseo por la búsqueda del placer, deseo pulsional que no se detiene solo por la existencia de la prohibición, sino que se mantiene en un desplazamiento en búsqueda de la satisfacción. De manera simultánea la prohibición se mantiene en su severidad.

Los tabúes vendrían a representar prohibiciones ancestrales, frente a los deseos primigenios de los pueblos primitivos. Y en los casos en los que perduran hasta hoy, se infiere que el deseo, por ese placer originario de realizar lo prohibido, perdura hasta hoy en esas comunidades.

Aquí se hace notorio que la prohibición de estos deseos, es expresa, y se sustenta en el castigo, por el peligro que estos representan para la sociedad, ya que si no se cumpliera el castigo por el acto de violación, el acto podría ser repetido por otros, al descubrir que a ellos mismos les gustaría obrar como el bandido y satisfacer ese deseo. Freud, escribe: “El hecho de que la violación del tabú se expie mediante una renuncia demuestra que en la base de la obediencia al tabú hay una renuncia” (Freud, 1913. p. 42).

Freud explica que en la raíz de muchas de estas imposiciones tabú, existe esta actitud ambivalente de sentimientos. La cual pone en relación con los sentimientos ambivalentes que podemos encontrar en el historial clínico sobre la temprana infancia en casos de neurosis obsesiva. Por ejemplo en la representación que hace el paranoico de su perseguidor, en el delirio de persecución, esta se encuentra directamente ligada con el vínculo que existe entre el niño y su padre.

Freud (1913) dice:

En la representación del hijo, por regla general, se atribuye al padre una plenitud de poder como la indicada, y puede demostrarse que la desconfianza hacia el padre se enlaza de una manera íntima con su alta estimación. Cuando el paranoico señala a una persona de su círculo de relaciones como su <<perseguidor>>, con ello la eleva hasta la serie paterna, la pone en las condiciones que le permitan hacerla responsable, en su sentir, de toda desdicha. (p. 56).

Se observa cómo la significación de una persona es exaltada de tal manera, hasta atribuirle plenitud en su poder, para de este modo el enfermo pueda hacerla responsable de lo más que se pueda de lo que le acontezca. Esto es comparado por Freud con los tabúes, hacia los gobernantes y líderes espirituales de los pueblos salvajes, sobre quienes recaía la responsabilidad del control de los fenómenos naturales y demás acontecimientos como la cosecha y la caza. En busca de poder cumplir con estos objetivos, ellos tenían que someterse a una vida sacrificada, la cual inclusive los obligaba a una servidumbre más afanosa que la de sus propios súbditos. Se puede

considerar que en la raíz de estos tabúes existe ya un doble sentido, originado en estas tendencias ambivalentes.

Freud a partir de estas investigaciones, explica la naturaleza y génesis del tabú, enmarcada sobre todo en este conflicto de ambivalencia, sobre lo cual dice, con el pasar de los años, este conflicto en los hombres de cultura hoy vivientes se ha ido relajando, llevándonos prácticamente a la desaparición de la significación de este término: “Poco a poco desapareció el tabú, síntoma de compromiso del conflicto de ambivalencia.” (Freud, 1913. p. 72). Pero con respecto al neurótico, el cual está exigido a revivir esta lucha en su vida anímica, nos dice que es un producto de esta herencia arcaica, la cual debe ser desagraviada al servicio de los requerimientos culturales.

2.2. La consciencia Moral

Pese a que la palabra tabú, se volvía menos importante, la relación de ambivalencia que ella designaba fue extendida a otras relaciones. Freud (1913) afirma que entender al tabú, brinda los primeros visos sobre el origen de la consciencia moral. Inclusive dice que se puede hablar de una consciencia moral del tabú, del cual si era transgredido se originaba una consciencia de culpa. “La consciencia moral de tabú es probablemente la forma más antigua del fenómeno de la consciencia moral” (Freud, 1913. p. 73). Por ello el incumplimiento de sus mandatos, es registrado en el sujeto con el sentimiento de culpa, pues es un incumplimiento a esta consciencia moral y la consciencia moral pertenece a aquello que de lo que no se puede dudar, del lugar de la verdad.

Freud (1913) escribe:

Conciencia moral es la percepción interior de que desestimamos determinadas mociones de deseo existentes en nosotros; ahora bien, el acento recae sobre el hecho de que esa desestimación no necesita invocar ninguna otra cosa, pues esta cierta {gewiss} de sí misma. (p. 73).

Esto se ve con claridad en relación con la consciencia de culpa, el juicio adverso que sentimos tras ejecutar una acción movidos por ciertas mociones de deseo, deseos a los que no tenemos permitido su satisfacción, sin necesidad de ninguna otra justificación sino la propia condición de existencia en nosotros de la consciencia moral. Esto se evidencia de igual manera en la conducta de los salvajes hacia las imposiciones tabú, y la culpa que se sentiría de darse una violación.

De la misma manera, existiría una relación de fuerzas en oposición, entre el deseo por alcanzar un objeto y la prohibición del mismo. En esta relación, uno de los miembros se mantiene reprimido en lo inconsciente por la acción del otro: “Es probable que también la consciencia moral nazca sobre el suelo de una ambivalencia de sentimientos” (Freud, 1913, p.73). Gracias al trabajo clínico con los neuróticos, reconoció los severos efectos de la consciencia moral, sobre la tentación que provocan estos deseos del inconsciente.

Freud afirma que en la base de estas prohibiciones, tiene que existir un deseo de ejecutarlas, de modo que en la génesis de las prohibiciones tabú, existe el deseo de ellos de violarlos, al igual que en la consciencia moral: “En efecto, no es preciso prohibir lo que nadie anhela hacer, y es evidente que aquello que se prohíbe de la manera más expresa tiene que ser objeto de un anhelo.” (Freud, 1913. p.74).

La capacidad para poder reconocer estos deseos, representa un duro trabajo para el sujeto, sobre todo por el obrar de la consciencia moral. Freud (1913), escribe:

(...) el hecho descubierto por el psicoanálisis – en los sueños de personas sanas - , a saber, que la tentación de matar a otro también en nosotros es más intensa y frecuente de lo que sospecharíamos, aunque ella no se anuncie a nuestra consciencia. (p. 75).

La tesis de la relación existente entre prohibición y deseo, se puede corroborar por el trabajo clínico en los casos de neurosis, “En los preceptos obsesivos de ciertos neuróticos hemos discernido unos reaseguros y autocastigos frente al reforzado impulso de matar.” (Freud, 1913, p.75). El enfermo se infringe autocastigos como medio de compensación o de expiación de sus culpas. Entonces en la base de las prohibiciones hay anhelos. Por tanto que la naturaleza de esta relación de oposición se explica por la actitud ambivalente hacia el impulso “asesino”.

Impulso que responde a los procesos psíquicos de lo inconsciente de donde proviene, y que difieren en aspectos de la vida anímica de lo consciente. “Un impulso inconsciente no necesita haber nacido allí donde hallamos su exteriorización; pudo provenir de un lugar totalmente diverso, estar referido en su origen a otras personas y relaciones” (Freud, 1913, p.75). Es decir que por un mecanismo propio de los procesos psíquicos inconscientes, la exteriorización que ahora es la que llama a nuestra atención puede no estar relacionada con la vivencia actual del sujeto e inclusive haber sucedido desde épocas muy tempranas del desarrollo del sujeto. Freud (1913) menciona la importancia de entender este proceso para comprender el desarrollo de la cultura.

Freud aclara que su deseo no es el de igualar la identidad de la prohibición tabú con la prohibición moral, pues entiende que existe una diversidad psicológica entre ambas,

tomando en cuenta que la neurosis proviene de una actitud asocial, mientras que las prohibiciones tabú son creaciones culturales. Sin embargo en la comparación de ambos, podemos observar las concordancias existentes: “Las neurosis son formaciones asociales; procuran lograr con medios privados lo que en la sociedad surgió por el trabajo colectivo.” (1913. p. 78).

2.3. Narcisismo

En el desarrollo de las aspiraciones libidinosas en el individuo, desde los primeros esbozos infantiles, se distinguen las exteriorizaciones de las pulsiones sexuales. Estas en un principio, no se encuentran dirigidas hacia un solo objeto y aún menos uno del exterior, sino que encuentran la satisfacción en el propio cuerpo: “Ese estadio recibe el nombre de *autoerotismo*, y es relevado por el de la *elección de objeto*” (Freud, 1913. p. 92).

Freud encontró necesario agregar un estadio más entre ambos, un estadio intermedio en el cual “las pulsiones sexuales antes separadas ya se han compuesto en una unidad y también han hallado un objeto; pero este objeto no es uno exterior, ajeno al individuo, sino el yo propio constituido hacia esa época.” (1913. p. 92). Esta etapa es llamada narcisismo, aquí el Yo es investido como objeto de deseo, resultando un efecto de enamoramiento en el sujeto hacia el mismo. Esta organización narcisista del sujeto nunca se resignará del todo.

La organización narcisista se mantiene en el sujeto permanentemente, de manera que cuando encuentra un objeto para su satisfacción, ésta sale desde su Yo y puede regresar a él. Freud relaciona este narcisismo con lo que llama <<sobrestimación>> del

pensamiento, en los que dice, se encuentran los pueblos primitivos y los neuróticos, en donde se da la creencia en la omnipotencia de los pensamientos al relacionarse con el mundo y al explicarlo por sus propios pensamientos: “Las consecuencias deben ser las mismas en ambos casos, el de la sobreinvestidura originaria del pensar y el de su sobreinvestidura libidinosa alcanzada por vía regresiva: narcisismo intelectual, omnipotencia de los pensamientos.” (Freud, 1913. p. 93).

2.4. La relación del niño con el padre y la ley

Las prohibiciones tabú, tienen un supuesto mágico, bajo el cual parecen ser enmascaradas leyes para prohibir las pulsiones naturales del sujeto, bajo el supuesto que de satisfacerse estas, habría un perjuicio para la sociedad.

Freud (1913) escribe:

No hace falta que sea prohibido y castigado por la ley lo que la naturaleza misma prohíbe y castiga. Por eso podemos suponer tranquilamente que unos delitos prohibidos por una ley son tales que muchos hombres los cometerían llevados por sus inclinaciones naturales. (p. 126).

El psicoanálisis expone a la prohibición del incesto como el tabú fundamental del totemismo, porque, según nos dice, en el sujeto existe un deseo natural que le impulsa hacia el cometimiento del incesto: “La ley solo prohíbe a los seres humanos aquello que podrían llevar a cabo bajo el esforzar {drängen} de sus pulsiones.” (Freud, 1913. p.

126). Para corroborar su tesis, agrega que por descubrimiento psicoanalítico, se puede saber que los primeros deseos del niño son de naturaleza incestuosa, y que la represión de estos deseos desempeña un papel fundamental en la formación de la neurosis: “Se encontraba en aquella típica actitud del niño varón hacia sus progenitores que hemos designado <<complejo de Edipo>> y en la cual discernimos el complejo nuclear de la neurosis.” (Freud, 1913. p. 131).

Para el sujeto joven, en el complejo de Edipo, su padre representa el rival frente a sus deseos: “El odio [al padre] proveniente de la rivalidad por la madre no puede difundirse desinhibido en la vida anímica del niño: tiene que luchar con la ternura y la admiración que desde siempre le suscitó esa misma persona.” (Freud, 1913. p. 132). El niño se encuentra con una gran ambivalencia de sentimientos hacia su padre, que le representa una fuerte carga para su vida anímica. Ese conflicto de ambivalencia se procura un alivio si desplaza sus sentimientos hostiles y angustiados sobre un sustituto del padre. “Lo nuevo que averiguamos en el caso del pequeño Hans fue el hecho, importante respecto del totemismo, de que en tales condiciones el niño desplaza una parte de sus sentimientos desde el padre hacia un animal.” (Freud, 1913, p.131-132).

Freud se sirve de esto para establecer una concordancia entre la actitud del niño hacia el padre y la de los salvajes hacia el tótem, por la identificación y la ambivalencia de sentimientos que aparece en ambos casos: “Consideramos lícito reemplazar en la fórmula del totemismo al animal totémico por el padre” (Freud, 1913. p. 134). De lo cual dice, no existen razones para sorprenderse pues los propios primitivos llamaban al animal totémico como su antepasado.

Freud (1913) escribe:

Si el animal totémico es el padre, los dos principales mandamientos del totemismo, los dos preceptos-tabú que constituyen su núcleo, el de no matar al tótem y no usar sexualmente a ninguna mujer que pertenezca a él, coinciden por su contenido con los dos crímenes de Edipo, quien mató a su padre y tomó por mujer a su madre, y con los dos deseos primordiales del niño, cuya represión insuficiente o cuyo nuevo despertar constituye quizás el núcleo de todas las psiconeurosis. (p. 134).

Basándose en esto, Freud vislumbra el camino para entender el origen del sistema totemista, es decir que este tenga por génesis las mismas condiciones que se presentan durante el complejo de Edipo. Para esto toma la teoría de la horda primordial, en la cual el padre, era el único que podía poseer a las mujeres, y expulsaba a todos los hijos varones de la horda cuando ellos crecían. “Un día los hermanos expulsados se aliaron, mataron y devoraron al padre, y así pusieron fin a la horda paterna” (Freud, 1913, p.143). Motivados por la envidia al padre, llevaron a cabo este acto, para de esta manera apropiarse de la fuerza del padre. “En el acto de la devoración, consumaban la identificación con él, cada uno se apropiaba de una parte de su fuerza” (Freud, 1913, p.143).

Pero los hijos estaban sometidos a los mismos sentimientos contradictorios con respecto al padre que se encuentran en el complejo paterno del sujeto joven: “Odiaban a ese padre que tan grande obstáculo significaba para su necesidad de poder y sus exigencias sexuales, pero también lo amaban y admiraban.” (Freud, 1913. p. 145). Después del

asesinato, al haber satisfecho el deseo mortífero, los sentimientos de amor y admiración, se abrieron paso, de manera que los hijos sintieron arrepentimiento por el asesinato, creando en ellos un sentimiento de culpa generalizado.

Así la imagen del padre, adquirió incluso mayor fuerza tras su muerte. “Revocaron su hazaña declarando no permitida la muerte del sustituto paterno, el tótem, y renunciaron a sus frutos denegándose las mujeres ahora liberadas.” (Freud, 1913. p.145). Enlazados entre ellos por la pertenencia al clan totémico, se prohibieron la muerte del animal totémico. “El psicoanálisis nos ha revelado que el animal totémico es realmente el sustituto del padre” (Freud, 1913. p. 143). También se negaron el acceso a las mujeres ahora libres, basándose en que la necesidad sexual, podría causar discordancias entre ellos. “Así, desde la *consciencia de culpa del hijo varón*, ellos crearon los dos tabúes fundamentales del totemismo, que por eso mismo necesariamente coincidieron con los dos deseos reprimidos del complejo de Edipo.” (Freud, 1913. p. 145).

Los tabúes fundamentales del sistema totemista, son entonces el intento de calmar ese sentimiento de culpa generalizado, frente al parricidio, redimiéndose por obediencia a las leyes que él había impuesto en vida. En la relación común de identificación hacia el tótem, los hermanos forman redes que les permitan mantener un lazo de convivencia en sociedad. “Suponemos que la consciencia de culpa por un acto persistió a lo largo de muchos siglos y permanecía eficaz en generaciones que nada podían saber acerca de aquel acto.” (Freud, 1913. p. 159). De manera tal en la génesis de la humanidad, existe un crimen primordial del cual todos cargan la culpa, y en la búsqueda de su expiación, se encuentra la base para la vida en sociedad.

LA CONSCIENCIA MORAL EN LA ESTRUCTURACIÓN SUBJETIVA

Freud (1932-1936) escribe:

Si la consciencia moral es sin duda algo <<en nosotros>>, no lo es desde el comienzo. Es en esto un opuesto a la vida sexual, que efectivamente está ahí desde el comienzo de la vida y no viene a agregarse solamente más tarde. (p.57)

1.3. El sujeto del Inconsciente

Freud toma al Yo como punto de partida para explicitar cómo se da el proceso de la estructuración subjetiva. Habiendo dilucidado ya para esto, que inconsciente y consciencia son cualidades que podrían adjudicarse a cualquiera de las instancias psíquicas: “El Yo puede ser inconsciente en el sentido genuino” (Freud, 1923, p. 21).

Todo lo que se puede denominar como saber se encuentra en una relación directa con la consciencia, y aún cuando se quiere hablar de lo inconsciente solo puede hacerse por lo que de este pasa a la consciencia. Todos los estímulos que se pueden reconocer por la acción de la consciencia son lo que llamamos percepciones, tanto los que provengan del exterior, es decir los que reconocen los órganos sensoriales, como los provengan del interior del sujeto como son las sensaciones y los sentimientos. Pero, además de estos, existen otros procesos de los cuales se conoce mucho menos, los cuales Freud denominó “procesos de pensamiento”.

Dentro de estos procesos de pensamiento, Freud diferencia dos tipos de lo que él llama representaciones, las del sistema Inconsciente y del Preconsciente “La primera se consume en un material que permanece no conocido, mientras que en el caso de la segunda (la prcc) se añade la conexión con *representaciones-palabra*.” (Freud, 1923, p.22)

“Estas representaciones-palabra son restos mnémicos; una vez fueron percepciones y, como todos los restos mnémicos, pueden devenir de nuevo conscientes” (Freud, 1923, p. 22). Estas representaciones fueron percepciones acústicas, las cuales conservan sus investiduras en la palabra, es decir tienen un origen fónico; de manera tal que la representación- palabra es la palabra escuchada.

Para conocer estos procesos de pensamiento, es decir que pase a la consciencia lo que se encuentra como una representación inconsciente, es necesario restablecer la conexión a partir de estos restos de palabra, lo cual ocurre por medio del trabajo analítico: “El papel de las representaciones palabra se vuelve ahora enteramente claro. Por su mediación, los procesos internos de pensamiento son convertidos en percepciones” (Freud, 1923, p. 25). Con esto queda entendido porque todo el saber tiene que pasar por la conciencia, y como esta se encuentra ligada al sistema percepción.

De esta forma, la imagen del aparato psíquico queda mejor entendida, con un Yo que se encuentra en conexión directa con el Ello, del cual lo reprimido es parte: “Lo reprimido sólo es segregado tajantemente del yo por las resistencias de represión, pero puede comunicar con el yo a través del ello.” (Freud, 1923, p. 26). El Yo, por el sistema percepción se encuentra en relación con el mundo exterior y por la influencia de este, se obliga a imponer sobre el Ello, los influjos del mundo exterior: “El yo es el representante de lo que puede llamarse razón y prudencia” (Freud, 1923, p. 27). Cuando

se plantea esto, la relación del Yo con la consciencia, parece quedar bastante entreverada.

El pensar apunta a que en esa relación entre el Yo y la consciencia es donde se entraman las operaciones psíquicas que se calificarán como las más elevadas dentro de una escala de valoración social, así como son operaciones que exijan un gran esfuerzo intelectual o reflexivo

Freud (1923) dice:

No nos sorprende escuchar que el pulsionar de las pasiones inferiores tiene curso en lo inconsciente, pero esperamos que las funciones anímicas encuentren un acceso tanto más seguro y fácil a la consciencia cuanto más alto se sitúen dentro de esa escala de valoración.(p.28)

Sin embargo, el trabajo analítico ha comprobado fehacientemente que puede darse lo contrario, de manera que muchas de estas operaciones llegan a realizarse sin la necesidad de llegar a la consciencia, inclusive, que operaciones de una altísima valoración ética también pueden darse de manera inconsciente: “Hay personas en quienes la autocrítica y la consciencia moral, (...) son inconscientes, y como tales, exteriorizan los efectos más importantes.” (Freud, 1923, p. 28).

Se puede comprobar que existen distintas partes en el Yo que son inconscientes, y que esto no solo se encuentra ligado a lo que podríamos pensar es lo más interno, sino también, en las operaciones que se consideran las de mayor valía dentro de un contexto

social. Que tales operaciones, mantengan un vínculo menos íntimo con la consciencia, esto es la parte que parece fundamental.

Freud plantea que los procesos que se dan durante las primeras fases del desarrollo del sujeto poseen una eminente significatividad para entender el proceso de la estructuración subjetiva y el desarrollo normal en el sujeto. “Las investiduras de objeto parten del Ello, que siente las aspiraciones eróticas como necesidades” (Freud, 1923. P. 31). El Ello para cumplir sus aspiraciones eróticas, envía su energía libidinal sobre un objeto, invistiéndolo. “Si un tal objeto sexual es resignado, porque parece que debe serlo o porque no hay otro remedio, no es raro que a cambio sobrevenga la alteración del Yo que es preciso describir como erección del objeto en el yo.” (Freud, 1923. P. 31).

Durante este proceso de la conformación del Yo, las investiduras de objeto son sustituidas por una identificación. Freud (1932-1936) escribe;

Una <<identificación>>, o sea una asimilación de un yo, a un yo ajeno, a consecuencia de la cual ese primer yo se comporta en ciertos aspectos como el otro, lo imita, por así decir lo acoge dentro de sí. (p. 58).

Este proceso parece ser el más común para la resignación de objetos, tramitado por medio de una introyección de las investiduras de objeto en el Yo. “Cuando el yo cobra los rasgos de objeto, por así decir se impone el mismo al Ello como objeto de amor” (Freud, 1923. p. 32). De esta manera el carácter del Yo, se conforma en base a los objetos que fueron resignados.

Freud (1923) dice:

Los efectos de las primeras identificaciones, las producidas a la edad más temprana, serán universales y duraderos. Esto nos reconduce a la génesis del Ideal del Yo, pues tras este se esconde la identificación primera y de mayor valencia, del individuo: la identificación con el padre de la prehistoria personal.
(p.33)

Durante las primeras etapas del desarrollo en el sujeto, el niño experimenta sus primeras elecciones de objeto libidinal en la relación con sus progenitores. “En el caso del niño varón, (...). En época tempranísima desarrolla una investidura de objeto hacia la madre” (Freud, 1923. p. 33). Esta relación se encuentra marcada por el vínculo que existe entre el niño y el pecho materno. Esta relación primordial en el sujeto se manifiesta entre el deseo materno, deseo de ser madre y la incorporación del niño como sujeto existente, por tanto deseante. Mientras que el vínculo hacia el padre, se da por una identificación de connotación social, en el tiempo que el niño emplea en relacionarse con el mundo exterior. Estos vínculos primarios quedan establecidos.

“Por el refuerzo de los deseos sexuales hacia la madre, y por la percepción de que el padre es un obstáculo para estos deseos, nace el complejo de Edipo” (Freud, 1923. P. 33). Esta relación triangular, en donde ya existe un sujeto diferenciado de su madre y de un tercero, que en condiciones normales es el padre, es la base del complejo de Edipo. El niño mira al padre como su enemigo, en la lucha por ocupar su lugar junto a la Madre. “La identificación-padre cobra ahora una tonalidad hostil, (...). A partir de ahí, la relación con el padre, es ambivalente”. (Freud, 1923. p. 33).

El niño siente odio por el padre por la envidia del lugar que ocupa junto a la madre, pero también lo ama, por ser quien lo ha cuidado. Frente a esto, el niño siente temor por la reacción del padre, y siente culpa por sus deseos mortíferos hacia la figura paterna. Mientras que en la relación con la madre encuentra esta aspiración de objeto de deseo. Por la intervención del complejo de castración se da la resolución del Complejo de Edipo; “Con la demolición del complejo de Edipo tiene que ser resignada la investidura de objeto de la madre. (...) un refuerzo con la identificación padre. Solemos considerar este último desenlace como el más normal.” (Freud, 1923. p. 34). De tal manera en el caso del niño varón, se produce una afirmación de la masculinidad asentada en la identificación con el padre. Freud (1932-1936) dice:

El niño se vio precisado a renunciar también a las intensas investiduras de objeto que había depositado en los progenitores, y como resarcimiento por esta pérdida de objeto se refuerzan muchísimo dentro de su yo las identificaciones con los progenitores.”(p. 59).

Dupret (2013) dice:

Con la asunción del complejo de Castración el sujeto infantil pierde la ilusión de omnipotencia que pudo experimentar en sus primeras identificaciones a las potencias parentales, y acepta la necesidad de esforzarse para cumplir con los deseos de aquellos y asemejarse cuanto más a las figuras ideales representadas por sus padres. (p. 10).

Este proceso de alteración del Yo comparte su génesis con el otro contenido del Yo, el súper Yo: “El superyó no es simplemente un residuo de las primeras elecciones de objeto del ello, sino que tiene también la significatividad {*Bedeutung*, <<valor direccional>>} de una enérgica formación reactiva frente a ellas” (Freud, 1923. P. 36). Nace sobre la base de este ímpetu, necesario para la complicada tarea de la represión del complejo de Edipo. “El superyó aparece como el heredero de esta ligazón de sentimientos tan sustantiva para la infancia” (Freud, 1932-1936. p. 59).

Freud (1923) escribe:

Discerniendo (...) en el padre, el obstáculo para la realización de los deseos del Edipo, el yo infantil se fortaleció para esa operación represiva erigiendo dentro de sí ese mismo obstáculo. En cierta medida toma prestada del padre la fuerza para lograrlo. (p. 36).

En la relación con el padre se articula el súper Yo, de él adquiere su carácter. Encierra dentro de sí el valor de la prohibición, es la ley que se hereda como resultado de la demolición del complejo de Edipo. “Cuanto más intenso fue el complejo de Edipo y más rápido se produjo su represión (...), tanto más riguroso devendrá después el imperio del superyó como conciencia moral” (Freud, 1923. p. 36). Esta represión influenciada por la noción de autoridad, la religión, la educación, la cultura se encuentra ahincada en la relación al padre, como portador (representante) de la ley. “El superyó que de ese modo toma sobre sí el poder, la operación y hasta los métodos de la instancia parental, no solo es el sucesor de ella, sino de hecho su legítimo heredero” (Freud, 1932-1936, p. 58).

La aparición del súper Yo en el sujeto, obedece a la resignación del objeto de deseo por parte del infante, por la aceptación de la ley y la promesa de resarcir esta pérdida, con el reforzamiento de la identificación hacia el progenitor del mismo sexo. El súper Yo es el representante de la conciencia moral en el sujeto, dentro de una escala de valoración social, el Súper Yo es lo que se entendería como lo más alto o de mayor valía entre los seres humanos, lo ético. Pero no se puede reducir al súper Yo, a un sinónimo de la conciencia moral, pues para poder ejecutar esta ley, para poder enjuiciar y castigar, la instancia del súper Yo se ve precisada a cumplir con una función previa, la de observar. “La observación de sí, indispensable como premisa de la actividad enjuiciadora de la conciencia moral” (Freud, 1932-1936, p. 56).

En su formación queda impresa la huella de los primeros vínculos del sujeto, los de nuestras figuras parentales; “Cuando niños pequeños, esas entidades superiores nos eran notorias y familiares, las admirábamos y temíamos; más tarde las acogimos dentro de nosotros mismos” (Freud, 1923, p. 37). Es decir es la expresión de los más importantes destinos libidinales del Ello, del apoderamiento del complejo de Edipo por parte del Yo, y de su devenir (sometimiento) como objeto de amor para el Ello.

El súper Yo es expresión de los rasgos de evolución del ser humano en la cultura, creando una huella permanente del influjo parental, es herencia arcaica del individuo porque se asienta sobre la base de acuerdos sociales que viven en el sujeto eternizando las razones de su génesis. “En el posterior circuito del desarrollo, maestros y autoridades fueron retomando el papel del padre; sus mandatos y prohibiciones han permanecido vigentes en el ideal del yo y ahora ejercen, como *consciencia moral*, la censura moral.” (Freud, 1923, p. 38). Lo que se instauró en el sujeto, y que responde a lo más profundo de la vida psíquica, es lo que se entiende como lo de mayor reconocimiento en el contexto de una valoración social. “Los sentimientos sociales

descansan en identificaciones con otros sobre el fundamento de un idéntico ideal del yo.” (Freud, 1923, p. 38).

Esta posición privilegiada contiene en sí, tal valor para el sujeto porque deviene de la intensidad del sentimiento de esta primera identificación: “No hay duda que ese ideal del yo es el precipitado de la vieja representación de los progenitores, expresa la admiración por aquella perfección que el niño les atribuía en ese tiempo” (Freud, 1932-1936, p. 60). Ya que en la época del complejo de Edipo, para el niño sus padres son algo extraordinario, esta primera imagen es la que perdura en el sujeto manteniendo su influencia de manera constante sobre el súper Yo. Esto pese a que en la relación con las figuras parentales sufra cambios durante la posterior vida del sujeto. Además, este ideal se conformará de las influencias que reciba por parte de las personas que posteriormente ocupen ese lugar de autoridad o admiración, que primeramente ocupaban los padres, como ideales a los cuales, el sujeto espera alcanzar e imitar.

Este ideal del Yo se encuentra contenido dentro del súper Yo, y constituye la referencia de lo que el sujeto quisiera ser, con la cual compararse. “El superyó describe real y efectivamente una constelación estructural y no se limita a personificar una abstracción como la de la consciencia moral” (Freud, 1932-1936, p. 60). Entonces el súper Yo, como constelación, maneja una gran cantidad de procesos anímicos tanto conscientes como inconscientes. “Le hemos adjudicado la observación de sí, la consciencia moral y la función de ideal” (Freud, 1932-1936, p. 62). Esta instancia particular del aparato psíquico se encuentra enlazada fuertemente con la construcción de lo social en el ser humano, y con la incorporación a un mundo simbólico para el sujeto. “El superyó es para nosotros la subrogación de todas las limitaciones morales, el abogado del afán de perfección; en suma, lo que se nos ha vuelto psicológicamente palpable de lo que se llama lo superior en la vida humana.” (Freud, 1932-1936, p. 62).

Para Freud los contenidos que obedecen a lo que se entiende como lo más excelso del espíritu humano como son la religión y la moralidad, tienen en común el mismo origen. “Según la hipótesis de *Tótem y tabú*, se adquirieron filogenéticamente, en el complejo paterno: religión y limitación ética, por el dominio sobre el complejo de Edipo genuino; los sentimientos sociales, por la constrictión a vencer la rivalidad remanente entre los miembros de la joven generación.” (Freud, 1923, p.38)

De esta manera en la génesis del súper Yo, reposan los primeros indicios de la construcción de la vida en sociedad para el ser humano, y sobre los sentimientos que sirven de motor para este proceso de alteración del yo, es sobre los que recae la subsistencia de la vida en comunidad; “La humanidad nunca vive por completo en el presente; en las ideologías del superyó perviven el pasado, la tradición de la raza y del pueblo, que solo poco a poco ceden a los influjos del presente, a los nuevos cambios.” (Freud, 1932-1936, p. 63).

3.2. La ambivalencia como condición de existencia

3.2.1. La insatisfacción como creador de deseo. (El súper Yo)

Producto del conflicto por dominar al complejo de Edipo que se provoca entre el Ello, causante del complejo y responsable de la carga energética de las primeras investiduras de objeto; y el Yo por querer dominarlo, se da la formación del súper Yo que adquiere su energía de la fuerza de esta investidura energética, que no puede ser controlada completamente por el Yo.

El súper Yo adquiere esta conexión con las mociones pulsionales inconscientes, algo inaccesible al Yo. “La historia genética del superyó permite comprender que conflictos

anteriores del Yo con las investiduras de objeto del Ello puedan continuarse en conflictos con su heredero, el superyó.” (Freud, 1923, p. 40).

Las instancias psíquicas Yo, Ello y súper Yo, están sometidos a la acción eficaz de las pulsiones, fuentes de energía que tienen por meta la satisfacción de sus aspiraciones.

Freud (1923) explica:

Uno tiene que distinguir dos variedades de pulsiones, de las que una, las pulsiones *sexuales o Eros*, (...) Una *pulsión de muerte*, encargada de reconducir al ser vivo orgánico al estado inerte, mientras que el Eros persigue la meta de complicar la vida mediante la reunión, la síntesis de la sustancia viva, dispersada en partículas, y esto, desde luego, para conservarla. (p. 41).

De esta manera, ambas pulsiones se encuentran en una relación de oposición necesaria para la conservación, la meta de ambas es establecer un estado que se encuentra turbado por la génesis de la vida; “La génesis de la vida sería, entonces, la causa de que esta última continúe y simultáneamente, también, de su pugna hacia la muerte; y la vida misma sería un compromiso entre estas dos aspiraciones.” (Freud, 1923, p. 42).

Freud (1923) dice:

Al principio, toda libido está acumulada en el ello, en tanto el yo se encuentra todavía en proceso de formación o es endeble. El ello envía una parte de esta libido a investiduras eróticas de objeto, luego de lo cual el yo fortalecido procura

apoderarse de esta libido de objeto e imponerse al ello como objeto de amor.
(p.47).

Debido a que las mociones pulsionales se nos presentan como lo que se hereda y repite de esta primera operación, parecería que en lo esencial, la condición de ser viviente se encuentra anudada al Eros. En el Ello se encarna la lucha entre estas dos aspiraciones, en donde parece que por la acción de la libido, se producen excitaciones en el curso vital.

Freud (1923) explica:

Si la vida está gobernada por el principio de constancia como lo entiende Fechner, si está entonces destinada a ser un deslizarse hacia la muerte, son las exigencias del Eros, de las pulsiones sexuales, las que, como necesidades pulsionales, detienen la caída de nivel e introducen nuevas tensiones (p.47).

El Ello motivado por la sensación de displacer que le provoca la no satisfacción de los deseos libidinales, emprende la búsqueda de la satisfacción de estos deseos sexuales. Valiéndose para ello de distintos métodos, esta satisfacción provoca una liberación de esta energía; “De ahí la semejanza entre el estado que sobreviene tras la satisfacción sexual plena y el morir” (Freud, 1923. p. 48). Debido a que si en la pugna que mantienen las dos clases de pulsiones que conocemos, la del Eros queda satisfecha, deja a la pulsión de muerte en libertad, para cumplir con su propósito. Como se dijo anteriormente el Yo alivia de este trabajo al Ello, tomando parte de esta energía pulsional y utilizándola para sus propósitos.

Durante el proceso de formación del Yo, las primeras identificaciones o la identificación inicial recibe un lugar especial en la estructura del Yo; “Estas identificaciones se comportan regularmente como una instancia particular dentro del yo, se contraponen al yo como superyó.” (Freud, 1923, p. 49) El súper Yo obtiene su posición particular debido a que, en el momento de esta identificación el Yo se encuentra todavía endeble, y no ofrece mayor resistencia a los influjos de identificación. Además, se conoce que el súper Yo, aparece como consecuencia del complejo de Edipo, introduciendo en el Yo, a los objetos más grandiosos. De todo esto se concluye porque esta identificación ocupa la posición particular como carácter de origen.

Entonces, el súper Yo se encuentra formado por identificaciones que entran en reemplazo de las investiduras de objeto, que debieron ser resignadas. De estas las primeras encuentran a un Yo débil, mientras que las posteriores encontraran un Yo fortalecido, el cual presentará una resistencia mayor frente a los impulsos de identificación; “Es accesible, sin duda, a todos los influjos que puedan sobrevenir más tarde; no obstante, conserva a lo largo de la vida su carácter de origen, proveniente del complejo paterno: la facultad de contraponerse al yo y dominarlo.” (Freud, 1923, p. 49).

Es decir que esta primera alteración sobre el yo, servirá de modelo para las posteriores. El súper Yo revive la escena de los primeros momentos del Yo en donde este todavía se encontraba debilitado, para reafirmarla en su dominio sobre este (el Yo), aunque encuentre ahora un Yo ya fortalecido. “Así como el niño está compelido a obedecer a sus progenitores, de la misma manera el yo se somete al imperativo categórico de su superyó” (Freud, 1923, p. 49).

El súper Yo es esta instancia del Yo, que ha sido alterada, y que por su posición particular ejerce sobre el Yo, la función crítica. Esto se mantiene a lo largo de todo el

decurso vital. Freud en su trabajo descubrió que en muchos pacientes se presentaba un empeoramiento en el proceso hacia la cura, justo en el momento en que el terapeuta, hacía cualquier observación positiva en cuanto al curso del tratamiento; “Se llega a la intelección de que se trata de un factor por así decir <<moral>>, de un sentimiento de culpa que halla su satisfacción en la enfermedad y que no quiere renunciar al castigo del padecer.” (Freud, 1923, p. 51). Vale decir aquí, que para el paciente este sentimiento de culpa no es consciente, y se lo atribuye a su enfermedad.

Esta conducta de casos de neurosis grave da a la luz las características del súper Yo, en el cual se encuentra el contenido moral y más aún, indica la importancia de que la conducta del súper Yo, sea quien defina la gravedad de una neurosis: “El sentimiento de culpa normal, consciente (conciencia moral), no ofrece dificultades a la interpretación; descansa en la tensión entre el yo y el ideal del yo, es la expresión de una condena del yo por su instancia crítica.” (Freud, 1923, p. 51).

Sin embargo, en el trabajo clínico, el psicoanálisis encontraba varios casos en los cuales este sentimiento de culpa permanecía inconsciente. Aquí, el Yo se defiende de la percepción penosa mediante el acto de la represión. En estos casos, los efectos de la culpa siguen actuando sobre el sujeto, sin embargo, se mantiene separado de la consciencia el contenido al cual se encuentra referido el sentimiento de culpa; “Gran parte del sentimiento de culpa tiene que ser normalmente inconsciente, porque la génesis de la consciencia moral se enlaza de manera íntima con el complejo de Edipo, que pertenece al inconsciente” (Freud, 1923, p. 52-53).

Freud (1923) dice:

Si alguien quisiera sostener la paradójica tesis de que el hombre normal no solo es mucho más inmoral de lo que cree, sino mucho más moral de lo que sabe, el psicoanálisis, en cuyos descubrimientos se apoya la primera mitad de la proposición, tampoco tendría nada que objetar a la segunda. (p. 53).

El súper Yo demuestra estar enlazado profundamente con el inconsciente, y que muchos de sus contenidos permanecen alejados de la consciencia; “El superyó no puede desmentir que proviene también de lo oído, es sin duda una parte del yo” (Freud, 1923, p. 53). Si el súper Yo es también producto de la percepción auditiva, deja restos en el Yo, estos restos son representaciones-palabra, por medio de estas, la consciencia puede acceder a él. Sin embargo, su fuerza la recibe de las fuentes energéticas del Ello, de las investiduras de objeto, y de su posición antagónica.

Los efectos de la crítica del súper Yo sobre el Yo se exteriorizan, principalmente como sentimiento de culpa en el sujeto. Sentimiento que se manifiesta en la severidad frente al Yo. Es decir, con la misma fuerza de la investidura energética, se produce, también, la fuerza contraria para poder sofocarla. “El ello es totalmente amoral, el Yo se empeña por ser moral, el superyó puede ser hipermoral y, entonces volverse tan cruel como únicamente puede serlo el ello”. (Freud, 1923, p. 54). En casos donde las pulsiones agresivas son limitadas fuertemente, con esa misma agresividad, se manifiestan en la crítica del súper Yo frente al Yo. Pero los efectos del súper Yo, no solo se manifiestan en casos de enfermedad; “Ya la moral normal, ordinaria tiene el carácter de dura

restricción, de prohibición cruel. Y de ahí proviene, a todas luces, la concepción de un ser superior inexorable en el castigo” (Freud, 1923, p. 55).

El súper Yo es el devenir de la identificación con el arquetipo paterno, de las identificaciones originarias, el heredero del complejo de Edipo, de la resignación del objeto de deseo primordial sustituido por un proceso de identificación; “Cualquier identificación de esta índole tiene el carácter de una desexualización o, aun, de una sublimación. Y bien; parece que a raíz de una tal transposición se produce también una desmezcla de pulsiones” (Freud, 1923, p. 55). Al liberar la carga energética de los componentes eróticos, la pulsión erótica queda sin la fuerza para contener a la pulsión de muerte, dejando a esta libre para manifestar sus componentes agresivos y destructivos. “Sería de esta desmezcla de donde el ideal extrae todo el sesgo duro y cruel del imperioso deber-ser” (Freud, 1923, p. 55).

Los efectos del súper Yo recaen directamente sobre el Yo. El Yo es el punto medio entre los deseos pulsionales y la sofocación de los mismos. Se ubica entre la realidad del mundo exterior y los deseos provenientes del Ello, en su función actúa como ordenador temporal de los procesos anímicos.

Freud (1923) escribe:

El yo se desarrolla desde la percepción de las pulsiones hacia su gobierno frente a estas, desde la obediencia a las pulsiones hacia su inhibición. En esta operación participa intensamente el ideal del yo, siendo, como lo es en parte, una formación reactiva frente a los procesos pulsionales del ello. (p.56).

El Yo se ve obligado a mediar entre todas las instancias con las que se encuentra en contacto. Debe responder ante el Ello en donde se encuentra almacenada toda la energía libidinal, creadora de deseo y las imposiciones del mundo exterior. Para esto, se impone al Ello como objeto de deseo, dirigiendo sobre sí la libido del Ello. Frente a estas exigencias, las cuales interpreta como peligro, el yo responde con angustia. Como consecuencia de esta operación, él mismo se llena de libido y busca ser amado. Pero, por el trabajo de sublimación de los deseos libidinales, las pulsiones agresivas quedan liberadas en el súper Yo, el cual actúa con severidad, sometiendo al Yo a otra clase de angustia, la angustia frente al súper Yo.

Freud (1923) dice:

Puede enunciarse lo que se oculta tras la angustia del yo frente al superyó – la angustia de la consciencia moral-. Del ser superior que devino ideal del yo pendió una vez la amenaza de castración, y esta angustia de castración es probablemente el núcleo en torno del cual se depositó la posterior angustia de la consciencia moral. (p.58)

Para los procesos internos del Yo, el estado de vivir, se encuentra directamente relacionado con el ser amado. El Yo busca recibir ese amor de parte del súper Yo, que por el proceso de formación subjetiva, vino a ocupar el lugar que antes ocuparon los padres; el lugar de la función protectora que ellos representaron en los primeros momentos del sujeto joven. Freud (1932-1936) enuncia:

El papel que después adopta el superyó es desempeñado primero por un poder externo, la autoridad parental. El influjo de los progenitores rige al niño otorgándole pruebas de amor y amenazándolo con castigos que atestiguan la pérdida de ese amor. (p. 57).

La condición de existencia, se encuentra anudada a un deseo primero, el deseo materno, necesario para la supervivencia del sujeto, el cual en su condición endeble de los primeros momentos, se construye sobre este amor parental. Durante estos momentos el súper Yo, actúa con la energía que recibe por parte del Ello, erigiendo en el Yo su objeto de amor. El Ello no muestra su deseo, actúa como reservorio de energía libidinal, en donde las pulsiones de vida y de muerte pugnan por imponerse en su deseo.

De la actitud del súper Yo frente al Yo, de la dureza con la que este lo juzgue, es decir de la condición que este le imponga para poder ser amado, es en donde la angustia del Yo encuentra su base. El sujeto experimenta la culpa de no poder cumplir con su ideal, porque para el imperativo categórico, no basta con no convertir el deseo en acto, sino que, el solo desearlo es suficiente motivo para que esto sea juzgado. Después, se concluye que si de algo el sujeto se siente realmente culpable es de haber cedido en su deseo frente a la prohibición, pero se entiende que este es el precio que se paga por su inserción en la cultura. Se conoce que el sentimiento de culpa contiene en sí la gran reserva de la angustia; “Dada la gran significatividad que el sentimiento de culpa tiene para la neurosis, no puede desecharse que en los casos graves la angustia neurótica común experimente un refuerzo por el desarrollo de angustia entre yo y superyó.” (Freud, 1923, p. 59).

LA CONSCIENCIA MORAL EN EL MUNDO POSTMODERNO

1.4. La consciencia moral desde lo subjetivo hacia lo colectivo

El estudio de la construcción del concepto de consciencia moral en la obra de Freud, deja entrever la importancia de su existencia en la vida psíquica del sujeto desde los más tempranos estados de formación de su subjetividad. Es una parte fundamental del proceso de inserción en la cultura, de instauración en el camino del deseo. Además, se encuentra en una relación directa con la formación de la sociedad. De esta manera, se observan los efectos de la consciencia moral en la vida del sujeto y también de la vida en conjunto.

Freud (1981, citado en Melman 2005) escribe:

Ciertamente la psicología individual tiene por objeto al hombre aislado y busca saber por qué vías este trata de obtener la satisfacción de sus mociones pulsionales, pero, al hacerlo, esta raramente –excepcionalmente- en condiciones de hacer abstracción de las relaciones de este individuo con los otros. En la vida psíquica del individuo, el otro interviene regularmente en tanto que modelo, sostén y adversario, y de esta manera la psicología individual es también de entrada una psicología social, en el sentido amplio pero perfectamente justificado. (p.11)

Para que este proceso pueda producirse existen varios otros factores que participan, factores externos que influyen en la forma en la que se cumple este proceso. Es por ello que, debido a las grandes transformaciones sociales de nuestros tiempos, se debe

cuestionar, cuál ha sido la influencia de estas transformaciones en el proceso de construcción de la subjetividad y de la formación de la consciencia moral. Ha pasado más de un siglo ya desde el surgimiento del psicoanálisis y desde ese tiempo a la actualidad se observa que no solo se trata de pequeñas modificaciones en la conducta social, sino que evidenciamos un cambio inconmensurable, hemos pasado desde una sociedad que se caracterizaba por la represión del deseo, enfatizando el hecho que no se puede tener todo lo que uno quiera, hacia una sociedad en donde se promueve la búsqueda de satisfacción de todo anhelo, todo esto apoyado en el avance de la ciencia y la tecnología, y la expansión global del sistema económico dominante. Este cambio de panorama tiene fuertes consecuencias para la subjetividad, tal como se expone en la obra del hombre sin gravedad de Charles Melman, (2005) la emergencia de “la nueva economía psíquica”. Al respecto de lo que encierra este postulado de Melman, Jean – Pierre Lebrun (2005) nos dice:

Su lectura radical de la situación actual nos llevaba a tener que pensar un cambio de gran amplitud, de consecuencias antropológicas incalculables, que instala la congruencia entre una economía liberal desenfrenada y una subjetividad que se cree liberada de toda deuda hacia las generaciones precedentes –en otros términos “que produce” un sujeto que cree poder hacer tabula rasa de su pasado.
(p.13)

De esta manera se plantea la tarea de interrogarse sobre la subjetividad, sobre el devenir psíquico de los sujetos y sobre la consciencia moral en este nuevo panorama social.

Panorama que expone a los puntos de referencia tradicionales, como despojados de su

poder y su influencia sobre el sujeto. Dejando a este en la imperiosa necesidad de encontrar nuevos paradigmas, los cuales vendrán a substituir a los anteriores. Melman (2005) argumenta:

Pasamos de una cultura basada en el rechazo de los deseos y por tanto de la neurosis, a otra que recomienda su libre expresión y promueve la perversión. De esta manera la “salud mental” proviene hoy en día de una armonía no ya con el Ideal sino con un objeto de satisfacción. (p.15)

Por lo que expresa esta frase se puede vislumbrar a un sujeto con menores responsabilidades, un sujeto que goza de libertad para buscar la satisfacción de sus deseos, y el cual no se encuentra limitado ya por la culpa. Entonces este sujeto encontrara la satisfacción con la consecución de este objeto, y el límite, en la satisfacción de su deseo. “Hacia falta un garante simbólico (la razón, por ejemplo) para sustentar los discursos filosóficos. Pues bien, hoy se ha dejado de lado toda referencia a un valor trascendental para librarse a los intercambios” (Dufour, 2007, p.18). Pero al tratarse de un cambio cultural, entonces se puede entender que existe un consenso social hacia este nuevo accionar del sujeto, hacia esta nueva moral. Esta postulación ya consabida tiene sus manifestaciones en casi todos los aspectos de la vida del sujeto, la familia, la pareja, la sexualidad, la alimentación, la idea de uno mismo, entre otros son claros ejemplos de la mutación (transformación) por la que la cultura está atravesando. “Existe un notable consenso a nivel de los comportamientos, de las conductas, de las elecciones a favor de la adopción espontánea de una nueva moral.” (Melman, 2005, p.15).

La sociedad de la época en la que vivió Freud era una sociedad que se organizaba por la represión. Hoy en día, se vive una sociedad organizada por el goce. Esto implica que como Freud, observó y trabajó con los efectos de la represión sobre la vida del neurótico, hoy en día el psicoanálisis debe trabajar con dificultades y sufrimientos diferentes. Melman (2005) habla de la pérdida de puntos de referencia para el sujeto, estos referentes servían al sujeto como base para sostenerse y responder frente a las exigencias de satisfacción internas como externas. Estos referentes están relacionados con las figuras de sociales de autoridad como la iglesia, el estado, la familia, etc ; “Para poner de relieve esta consunción actual de las mentes (...) la relacionaremos con la extinción rápida de las formas filosóficas modernas del sujeto que servían de referencia y nos permitían, hasta ahora, pensar nuestro ser en el mundo” (Dufour, 2007, p.16).. Estas formas encontraban su cimiento en la transferencia. Sobre este término Melman (2005) escribe:

El concepto de transferencia, desde su “invento” por Freud, (...). Designa de esta manera, el resorte que puede encontrar un sujeto en su lazo afectivo con otro, y en particular con su figura de amo (profesor, etc.). Por extensión, llega incluso a designar la relación que un sujeto o varios sujetos pueden mantener con el saber, lo cual permite hablar de transferencia colectiva. (p.234).

Aquí cabe recalcar que este término sobrepasa las fronteras del psicoanálisis, y que como se expone en la última cita en este trabajo se utiliza solo en ese sentido, y no en sentido analítico, donde serviría para designar el resorte de la relación terapéutica.

Gracias a la transferencia ciertas personas, instituciones o bloques de saber mantenían

su poder y su influencia sobre el sujeto, sobre esta base se alzaban como figuras de autoridad, referentes firmes y establecidos de lo que se podía entender como la búsqueda de “lo mejor”. La caída de estos referentes como son la idea de Dios, ideologías, etc., ha llevado al sujeto a un proceso de autorregulación, donde este ya no se moviliza bajo el influjo de estos grandes referentes, por el contrario, se moviliza siguiendo el impulso de la satisfacción libidinal. “Asistimos al final de una época, a una liquidación en términos analíticos diríamos una *liquidación colectiva de la transferencia* – lo que constituye la fuente de una libertad bastante notable.” (Melman, 2005, p.17).

Con la pérdida de la transferencia, observamos paralelamente una pérdida de los límites que esta custodiaba. La transferencia permitía que se sostenga el valor de lo sagrado, de lo prohibido; para el sujeto era suficiente con conocer la representación para no trasgredir esos límites. Pero sin este valor, no existe razón para limitarse, la representación pasa a ser insuficiente y se debe remitir al objeto mismo. Sin una fuerza de autoridad en la que se sostengan las cosas (objetos, acciones, personas) no tienen otro valor en sí que el de la función que cumplen para alcanzar la satisfacción propia, es decir se limitan solo a prácticas. Al respecto de esto Dufour (2007) escribe:

La gran fuerza que posee esta nueva ideología (...), estriba en que no comenzó por apuntar al hombre mediante programas de reeducación y coerción. Se contentó con introducir una nueva jerarquía del objeto, definido como simple mercancía, y dejó que el resto llegara solo: que los hombres se transformaran en la medida que se adaptaban a la mercancía, promovida para ello como lo único real. (p.21)

Pero esto implica que esta nueva relación del sujeto frente a las exigencias de satisfacción tanto internas como externas se encuentre en oposición con el proceso de estructuración subjetiva y su inserción en la cultura; “Si hay un descubrimiento por parte de Freud es este: nuestra relación con el mundo y con nosotros mismos está instalada no por un objeto, sino por la falta de un objeto.” (Melman, 2005, p.22). Es por esta falta de ese objeto deseado, de ese objeto amado que el sujeto se moviliza en la búsqueda del mismo. Es necesario para el sujeto atravesar por la pérdida y el renunciamiento de este objeto para poder acceder a un mundo de representación del cual pueda sostenerse.

Esta pérdida, permite al sujeto mantenerse movilizado, en la búsqueda de ese objeto amado y perdido, objeto que no puede poseer, y del cual encuentra características en otros nuevos objetos. “Donde su deseo este a la vez alimentado y orientado” (Melman, 2005, p.22). La insatisfacción que causa esta pérdida es necesaria para que la subjetividad quede estructurada, para que su deseo y la relación con el mundo puedan realizarse. “Vemos hasta qué punto esta pérdida instala un límite, y cómo este límite tiene la propiedad de mantener el deseo y la vitalidad en el sujeto” (Melman, 2005, p.22). Al tener que renunciar al objeto de deseo, el sujeto se instala en una lógica encaminada a la búsqueda de este objeto perdido, que al no poder ser alcanzado completamente, se renueva constantemente permitiendo al sujeto mantener su energía vital.

Este límite para cumplir con el deseo, se encuentra en relación con la función paterna. “El padre contrariamente a un enfoque simplista de la situación edípica, no es tanto el que prohíbe como el que da el ejemplo del franqueamiento autorizado del límite para

cumplir su deseo, su deseo sexual” (Melman, 2005, p.22). Es decir que el cumplimiento del deseo libidinal, es transgresor momentáneo de este límite. Entonces el padre es quien promueve el deseo, al ser quien enseña la forma autorizada de sobrepasar este límite y alcanzar el goce sexual. Es decir que a través de la prohibición del objeto, se realiza una promesa de resarcimiento en el futuro para el sujeto “La función del padre es la de privar al niño de su madre, y así, de introducirlo a las leyes del intercambio” (Melman, 2005, p.37).

Es el padre quien se supone ocupa el lugar del que prohíbe, y se conoce cual es el destino que en la actualidad ha sufrido la figura del paterna, esta figura que anteriormente poseía respeto y autoridad, hoy aparece menoscabada y prohibida. Por ende, este límite que parecía estar ligado de manera tan fuerte al mismo ha quedado ya sin validez, ha sido despojado de la fuerza que poseía, y no es ya un regulador del deseo del sujeto.

Sin la presencia de este límite que nos era impuesto, los sujetos quedan en libertad para buscar la satisfacción de sus impulsos libidinales. Para relacionarse directamente con el objeto causa de satisfacción. “Ya no se trata de satisfacerse con representaciones, sino de lo auténtico mismo, del objeto no ya representado sino efectivamente allí, presente en la realidad” (Melman, 2005, p.30).

4.2.- La desestructuración psíquica

De esta manera el objeto de deseo, este objeto capaz de brindar la satisfacción a las necesidades pulsionales en el sujeto, objeto que se encontraba perdido, y del cual su búsqueda permitía al sujeto mantenerse movilizado, se presenta, ahora, como un objeto

al que el sujeto puede acceder. En la ausencia de un límite que se imponga frente a este impulso pulsional, el sujeto se siente aprobado para encontrar su satisfacción. “Para acceder a la satisfacción, no es más necesario pasar por el disfuncionamiento que evocaba antes y que es, por supuesto, fuente de neurosis” (Melman, 2005, p.30). El objeto del cual antes el sujeto se encontraba privado, es ahora algo que puede adquirir, la ley que se lo prohibía ha quedado ya sin su fundamento. Ley que era aceptada bajo el supuesto de que se debía hacer. Con la falta de una referencia que sirva de sustento para la imposición de este límite, queda la libertad de satisfacerse de la manera en que parezca más conveniente. “En el fondo, lo que desaparece en esta nueva economía, es el lugar de lo que escapa, el lugar de la transferencia, el lugar de lo sagrado, el lugar del respeto” (Melman, 2005, p.26).

Ese lugar de la autoridad, donde se podía legitimar o no la búsqueda del sujeto, encontraba su cimiento en el poder que ejercían ciertos significantes. A partir de ese lugar privilegiado, el lugar de lo sagrado, estos desplegaban su poder desde donde las órdenes podían, justamente, autorizarse. Con la pérdida del límite, este lugar de la autoridad parece también desaparecer. “Esto tiene que ver con la liquidación colectiva de la transferencia, pero también con la liquidación de la referencia a la instancia fálica, vivida hasta aquí como la gran ordenadora de toda nuestra organización psíquica” (Melman, 2005, p.38).

Esta instancia fálica se refiere al carácter organizador del significante fallo. Este se presenta como el gran referente para la organización psíquica, como el conjunto de los efectos del significante sobre el sujeto, es decir el que le permite el acceso al mundo de la representación. Es decir se presenta como una institución para la subjetividad

La liquidación de las referencias para el sujeto, causa que este pierda el sustento necesario para justificar sus acciones. Referentes que nos servían de garantes del orden establecido. Se deja de lado cualquier puntal que pueda venir de una instancia superior, cualquier esencia de valor simbólico, cualquier referencia a un ideal que no sea el que permita que el sujeto se sienta liberado para cumplir con su objetivo. “El valor de los intercambios ya no estriba en el hecho de que estén garantizados por una potencia superior (de orden trascendental o moral) sino en las relaciones que pueden establecer directamente en su condición de mercancías” (Dufour, 2007, p.18-19). De tal manera, se elimina cualquier obstáculo que no permita la libre circulación para la satisfacción del deseo.

En la dialéctica que se presenta hoy, la búsqueda de la felicidad se encuentra en la capacidad de acceso al objeto y de satisfacción del deseo. El proceso de estructuración psíquica, de la renuncia al objeto de deseo, como el precio que pagaba por su inserción en la cultura, ya no necesita ser pagado. Lo que le era impuesto como un deber, y se imponía como el paso necesario para la subsistencia en conjunto, ahora se presenta solo como un obstáculo que carece de valor. “No hay más división subjetiva, el sujeto no está más dividido. Es un sujeto en bruto” (Melman, 2005, p.28). Por no existir una condición que se le imponga para poder ser amado, el sujeto evita el complejo trayecto que le era impuesto para alcanzar una satisfacción, la cual notoriamente tiene interés en alcanzar. De tal manera que la tarea psíquica se simplifica contundentemente.

Melman (2005) escribe:

El goce sexual – y este es uno de los efectos, a mi entender, de esta mutación -, que hasta aquí se presentaba como el patrón de todos los otros goces, es decir lo

que daba la medida y permitía la relativización de los diversos goces orificiales, ocupa ahora un lugar común, ordinario entre los otros. (p. 30-31).

El lugar privilegiado que el goce sexual y su represión por la castración, ostentaba en la emergencia del sujeto parece haberse perdido. Es en la pérdida de este objeto causa de deseo, que se instala el límite que permite la emergencia de lo humano. Este goce que se encargaba de especificar y organizar a los demás goces en el sujeto, ha sido desprovisto de su función de referente para los otros goces, para la búsqueda de la satisfacción. El proceso de sublimación pierde su agudeza, y no satisface a las necesidades pulsionales. Así, los otros goces han sido igualados a la misma condición, por encima de la ley. Todos se mueven solo en la procura de obtener la satisfacción, de placer de órgano.

Lo que viene a faltar es ese lugar de la ley que nos servía para organizar la vida en conjunto, base de la dinámica colectiva, lugar de lo simbólico, lo cual permite dar a las cosas un sentido. “En la medida en que todo garante simbólico de los intercambios entre los hombres tiende a desaparecer, lo que cambia también es la condición humana” (Dufour, 2007, p.20). Lo que parece desaparecer, es eso que siempre falta.

Esto quiere decir que el lugar de esta sobre determinación de la estructura en el sujeto, la misma que se encuentra en nuestra cultura y en nuestro lenguaje, el espacio específico entre las palabras y las cosas, es decir la razón de lo que es simbólico en nosotros, el sujeto del inconsciente, es lo que viene a desaparecer. “Sin límite no hay más prohibición, ni más objeto que se torne simbólico.” (Melman, 2005, p.36). Este proceso que parece imprescindible para la humanización de un sujeto, lo que permite formar un lazo social, parece haber perdido su validez. Con esta desimbolización se valora solo lo que es real, se deja de lado el valor en el otro. “Está surgiendo un hombre

nuevo privado de la facultad de juzgar e inducido a gozar sin desear” (Dufour, 2007, p. 233).

4.3.- La sociedad del consumo (capitalismo)

De esta manera, para la consecución de su realización el sujeto abandona toda referencia a un valor trascendente, para así poder establecer una dinámica del intercambio. Sin un patrón de referencia, el valor de estos intercambios se encuentra mitigado y delimitado por un valor mercantil. “Toda figura trascendente que daba sustento al valor hoy se recusa; solo quedan las mercancías que se intercambian por su estricto valor comercial. Hoy se nos pide que nos desembaracemos de todas esas sobrecargas simbólicas que garantizaban nuestros intercambios.” (Dufour, 2007, p.19). Esto permite que los objetos, se liberen de ese exceso de sentido, de forma que puedan ser tratados como meros productos con una valía comercial.

El valor simbólico, el cual nos remite al mundo del lenguaje y sus leyes, es decir el acceso al sentido de las palabras queda excluido en favor de un valor monetario, por este motivo ninguna consideración de ningún otro tipo, sea esta moral, religiosa, tradicional, etc. tienen un peso en el momento de librar un intercambio; permitiendo así una libre circulación de las mercancías. Esto simplifica tremendamente la tarea psíquica del sujeto, al cual ya no se le exige responder a valores trascendentes, tan solo plegarse a la dinámica del intercambio operativo.

El sistema capitalista oferta al sujeto la satisfacción de sus anhelos. Con esta promesa se oferta que por la renuncia a ese valor simbólico que permite representar eso que falta siempre para el sujeto, este queda librado de esa falta, permitiéndole el cumplimiento de

su deseo y el acceso al goce. Sin un referente que sirva de sustento frente a los límites del gozo personal, todo anhelo de satisfacción se encuentra legitimado en su derecho.

“Estamos en una sociedad donde la fabricación de objetos aptos para satisfacer los orificios corporales se ha convertido en una suerte de exigencia y encuentra evidentemente el favor colectivo.” (Melman, 2005, p.34).

La sociedad capitalista permite la expresión de los deseos de una forma libre para cada uno. Entonces, sin la marca de la realidad que era la decepción frente a ese objeto que faltaba, el deseo ya no se evidencia. Esto parece indicar que hemos encontrado la forma de alcanzar ese objeto y, por ende, de franquear ese límite que servía para articularnos. De esta manera, este sistema parece ofrecer la posibilidad de la felicidad, la felicidad para todos. “Efectivamente, está en condiciones de proveernos objetos siempre más maravillosos, más propios para brindarnos satisfacciones tanto objetales como narcisistas” (Melman, 2005, p.30).

La pérdida del valor simbólico afecta también al sujeto en su relación frente al otro. Al no poseer valor en base a ninguna referencia trascendental, el sujeto se ve en la necesidad de valorarse en un nivel mercantil. “En la lógica capitalista, precisaba Lacan, <<el esclavo antiguo>> fue sustituido por hombres reducidos al estado de <<productos>>: <<productos [...] tan consumibles como lo demás>>” (Lacan, 1991, p.15 citado en Dufour, 2007,). Esto parece quedar manifestado abiertamente en el valor del recurso humano y permite que este pueda adherirse a la lógica de la libre circulación de la mercancía propuesta por este sistema.

Pero esta pérdida de valor simbólico no encuentra su principal manifestación en la explotación del hombre como un cuerpo productivo, algo que en la historia de la humanidad ya se había presentado, como en la esclavitud. Dufour (2007) escribe:

La gran novedad sería la reducción de las mentes. Como si el pleno desarrollo de la razón instrumental (la técnica), permitido por el capitalismo, se saldara a costa de un déficit de la razón pura (la facultad de juzgar a priori lo que es verdadero o falso, o incluso lo que está bien o mal). (p.16).

La transformación de los imperativos sociales obliga al sujeto a incorporarse a los nuevos paradigmas, si no quiere quedar segregado de la sociedad, ya que al pertenecer este también a la categoría de objeto, corre el riesgo de ser reemplazado por alguien más. La caída de los referentes, deja al sujeto sin una base estable de la cual sostenerse, sin la necesidad de plantear una posición que tenga un sustento, en libertad de solo buscar saciar todos sus deseos, sin reproches; “Una formidable libertad, pero al mismo tiempo, absolutamente estéril para el pensamiento. ¡Nunca hemos pensado tan poco algo!” (Melman, 2005, p.31). Así, el sujeto gana esa libertad, pero pierde su protección, pierde el lugar desde donde podía hacer oposición, pierde el espacio del cuestionamiento, de la duda, el lugar de una posición para quedar presa de la dirección de la moda social.

Las grandes herramientas de este sistema impulsan la idea de una vida ideal, sin falta alguna, una vida sin límites, donde se puede vivir solo en la satisfacción y evitar la frustración, claro está, implica la capacidad económica de pagar por su valor comercial. A través de la propaganda y la promoción enseñan la forma de alcanzar esta vida ideal en base a la adquisición material; “Pregona la búsqueda de la felicidad individual mucho más que la búsqueda de la felicidad de la mayoría; por otro lado, reduce y

circunscribe la felicidad individual a una única dimensión: la apropiación del objeto comercial.” (Dufour, 2007, p.27).

4.4.- La Consciencia moral en la postmodernidad.

Frente a estos nuevos imperativos sociales que ubican a la adquisición del objeto comercial, como único fundamento válido para obtener el reconocimiento social, ¿qué pasa con los principios que antes ocuparon un lugar privilegiado dentro de una escala de valoración social?; “La posición ética tradicional, metafísica política, que permitía a un sujeto orientar su pensamiento frente al juego social, frente al funcionamiento de la “Cite”, y bien, ese lugar parece notablemente faltar.” (Melman, 2005, p.42). Este único camino posible para la realización personal, deja sin espacio a preocupaciones del tipo de la consciencia moral, no hay espacio para la preocupación en la relación frente al otro, ni tampoco para el cuestionamiento frente a nuestro accionar, todo eso se debe dejar de lado en favor de la obtención del objeto.

Dufour (2007) escribe:

En la tendencia a la desimbolización que vivimos en el presente, lo que conviene no es, por cierto, el sujeto crítico que promueve una deliberación en nombre del imperativo moral de la libertad, como tampoco conviene el sujeto neurótico presa de una culpa compulsiva. Lo que se requiere hoy es un sujeto precario, acrílico y <<piscotizante>>, y con este último término me estoy refiriendo a un sujeto abierto a todas las fluctuaciones identitarias y, en consecuencia, dispuesto a seguir todas las ramificaciones comerciales. (p.29)

Nos encontramos entonces con este sujeto flexible, un sujeto no definido, capaz de adaptarse a distintas posiciones, así estas sean contradictorias, de modificarse en el tiempo de pensamientos, elecciones y acciones todo por ser parte del influjo social, para poder validar su presencia en el mundo, que en este sistema se reconoce a través de la participación en la actividad económica. Tomando este punto, a la falta de un referente que permita al sujeto encontrar una base, una que sirva de límite, este se lanza a la búsqueda de su satisfacción plena. Ahora, en cuanto la filosofía intrínseca de este sistema, válida toda posición que busque la satisfacción de un anhelo; “La gran filosofía moral de hoy en día es que cada ser humano debería encontrar en su entorno algo con que satisfacerlo, plenamente. Y si no es así, es un escándalo, un dolo, un daño.” (Melman, 2005, p.33).

Con la pérdida de las identificaciones simbólicas, el sujeto se ve envuelto en una carrera por resarcir constantemente el objeto capaz de procurarle tal satisfacción, pero este objeto se encuentra marcado por la evolución de la moda, es decir se encuentra inexorablemente condenado a la devaluación; “Lo que se convierte en el soporte del yo no es la referencia ideal, es la referencia objetal. Y el objeto contrariamente al ideal, para ser convencido, demanda que no se lo deje de satisfacer.” (Melman, 2005, p.44)

Frente a este panorama, parecería que estas referencias que han ayudado al sujeto a pensar su ser en el mundo, han caducado ya, y que producto de la evolución de la humanidad, estas perdieron su agudeza. El capitalismo nos alienta a destituir leyes y eliminar límites de manera que podamos cumplir con nuestras aspiraciones. Sin embargo, el ser humano sabe de su imposibilidad de construir el mundo a su antojo; este

debe responder a leyes, leyes que lo articulan y que permiten su existencia, que especifican lo que implica la experiencia humana, la subjetividad.

Dufour (2007) escribe:

De nada sirve invocar la pérdida de referencias si con ello se quiere sugerir que algunas lecciones de moral a la antigua podrían bastar para detener los daños. Lo que falla es justamente la moral porque esta solo puede predicarse <<en nombre de...>> cuando, en el contexto de autonomización continua del individuo, ya no se sabe en nombre de quién o qué se puede hablar de moral. (p.34)

Entonces, ¿cuál es el destino que depara a la consciencia moral, el mundo postmoderno?

Esta facultad que ha servido de guía para la construcción de la sociedad, y la cual se conoce guarda una importantísima función para la construcción de la subjetividad, es decir para el reconocimiento efectivo de un sujeto en el mundo. Esto parece ser incierto, pero vale recalcar que cuando hablamos de sujeto, se habla de la sumisión frente a algo más, y ya sea que en este lugar de la ley primera queramos creer o no en algo de orden trascendental, no por este hecho se puede hablar de que ese espacio se encuentra vacío.

“A grandes rasgos, en todos los lugares donde todavía existen instituciones vivas, es decir allí donde no todo ha sido completamente desregulado o vaciado de toda sustancia, hay aún resistencia a esta forma dominante” (Dufour, 2007, p.29).

CONCLUSIONES

La consciencia moral es un proceso que guarda fundamental importancia para el ser humano. Tanto para su subjetividad como para la vida en sociedad. Es decir que la experiencia humana, se encuentra marcada por la influencia que ejerce esta construcción psíquica, y que esto se expresa en varios de los procesos anímicos de la psicología del sujeto.

La pregunta que dio inicio a esta elaboración teórica apunta a la forma en que esté concepto podía influir sobre los procesos anímicos del sujeto, y se ha podido concluir que esté se articula de manera íntima a los procesos que permiten que exista una dinámica de existencia en el sujeto

Para poder comprender de mejor manera a este concepto dentro del psicoanálisis se realizó un recorrido histórico de su exposición en la obra Freudiana, hasta poder entender de una mejor manera las razones de su génesis, los mecanismos por los que actúa y sus efectos sobre el sujeto y la sociedad. Finalmente las conclusiones que se extraen de este trabajo incluyen:

En el primer capítulo se pudo evidenciar, la manera en que la hipótesis Freudiana del inconsciente representó un cambio fundamental para la forma de entender al ser, y su experiencia frente al mundo exterior. Además se conoció como varios de los procesos anímicos del sujeto, incluso los que obtienen un mayor reconocimiento según principios sociales pueden realizarse de manera inconsciente, es decir sin la necesidad de pasar por la consciencia, función que se encuentra marcada con la disposición del aparato psíquico.

En el capítulo segundo, observamos la incidencia de la consciencia moral, para el proceso de estructuración social. Para esto nos centramos en la comparación que realiza Freud de los efectos que observaba en casos de neurosis obsesiva frente a los primeros momentos del nacimiento de una organización social, de un estado más primitivo de la vida en sociedad. Dentro de la estructuración psíquica de la neurosis, aparece frente a la presencia de una aspiración pulsional la represión, y por su actuar esta aspiración muda en angustia, de la cual su principal manifestación se evidencia en el sentimiento de culpa. El sentimiento de culpa se encuentra fuertemente relacionado con los crímenes cometidos por los hermanos, frente al padre en el mito de la horda primitiva. Cuando los hermanos desterrados se juntaron para matar al padre por la envidia de su posición y la posesión de la mujeres, después de lo cual, emergieron en ellos los sentimientos amorosos hacia el padre, terminando sintiéndose culpables. Esta culpa fue un motor principal para el paso decisivo de la vida en sociedad al instaurar los primeros tabúes de la sociedad. El tabú se exterioriza principalmente en prohibiciones, prohibiciones por ejemplo frente al anhelo de matar. Estos tabúes representan los primeros códigos morales de la sociedad, y la razón de la posterior instauración de una consciencia moral

En el tercer capítulo se estudió la presencia de este concepto en el proceso de estructuración psíquica en el sujeto. La génesis de la consciencia moral se relaciona de manera íntima con el complejo de Edipo. Freud atribuye al súper Yo la función de la consciencia moral y reconoce en el sentimiento de culpa, la expresión de una tensión entre el yo y el súper Yo. El yo siente culpa cuando percibe que no se encuentra al mismo nivel de los reclamos que le dirige su ideal, su súper Yo. Por tanto, la tensión existente entre las exigencia de la consciencia moral y las operaciones del Yo es percibida como sentimiento de culpa, la angustia. Este proceso guarda un valor

fundamental para el proceso de estructuración subjetiva, por el cual el sujeto accede a la cultura.

En el último capítulo se realiza una comparación entre los influjos sociales de la época de Freud, frente a los de la contemporaneidad. Para esto se analiza los efectos que los influjos de la sociedad postmoderna causa en los elementos que se ponen en juego en el proceso de estructuración psíquica y social.

Por la recopilación de esta información se ha podido conocer cuál es la génesis de la consciencia moral en el sujeto, siendo el momento decisivo del inicio de la vida en sociedad, cuando se impusieron una prohibición, desestimar ciertas mociones pulsionales, siendo esta la forma más antigua del fenómeno moral. Después reconociendo su relación con los elementos de la estructura psíquica. La consciencia moral no es un equivalente al súper Yo, es una función de este, no ejerce la función, sino que es un punto de referencia. La estructuración neurótica nos permitía conocer que este súper Yo hereda su carácter de la intervención de la función paterna, y la aceptación de la ley. Es de este la posición de este súper Yo en la estructura psíquica de donde adquiere su carácter. El de la certeza en sí misma.

De esta investigación se ha puede concluir, que la sociedad no se dirige en un sentido que como se podría pensar va en contra de la moral, sino que busca adoptar una nueva moral, una que vaya en el sentido de la liberación de la energía libidinal mediada solamente por una regulación orgánica, pero esta energía a diferencia de otras no se agota y busca alcanzar su satisfacción plena, satisfacción capaz de eliminar cualquier deseo en el hombre, y que nos acerca a la inmovilidad absoluta, la muerte.

Relacionando esto con el proceso de estructuración subjetiva podríamos concluir que lo que finalmente va a terminar por desaparecer es el sujeto, o al menos un sujeto

estructurado como lo conocíamos. Es por esto que el liberalismo económico funciona perfectamente, porque va de la mano con los nuevos influjos sociales, que promueve esta nueva estructuración. La consciencia moral no va a desaparecer, pero en la actualidad podría dirigirse al servicio del goce, más que al de la represión.

Lo cierto es que este proceso ya ha comenzado y no se cree pueda detenerse, pero también que el sujeto no ha dejado de existir, y se manifiesta en todos los nuevos síntomas que expresa frente a las exigencias tanto internas (psíquicas, orgánicas) como externas (sociales), exigencias frente a las cuales todos los saberes tendrán que enfrentarse, por lo que se espera esta tesis pueda contribuir al entendimiento de este nuevo panorama, siendo un inicio para mayores elaboraciones.

Esta elaboración. Se limita a una articulación teórica de algunos conceptos y elementos tomados de manera global. La sociedad no se ha vuelto completamente postmoderna, existen mucho lugares donde este cambio no se ha producido, lugares inclusive pre modernos, esto por distintos motivos, de lo cual se concluye todavía existe mucho más por conocer en la experiencia de la subjetividad.

REFERENCIAS

- Chemana, R; Vandermersch, B. (2010). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Dupret, A. Sanchez, J. *Teorías críticas del sujeto*. (2013). Quito: Editorial Universitaria Abya-Yala.
- Dufour, D. (2007). *El arte de reducir cabezas*. (1ª edición). Buenos aires: Editorial Paidós SAICF.
- Freud, S. (2011). *Obras Completas Tomo XIII: Tótem y Tabú, 1913*. (2ª edición). Buenos Aires: Amorrortu editores,
- Freud, S. (2011). *Obras Completas Tomo XI: El yo y el ello, 1923*. (2ª edición) Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, S. (2011) *Obras Completas Tomo XXII: Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras, 1932-1936*. (2ª edición) Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Gomez, C. (2007). *Una reivindicación de la conciencia (De la crítica a la filosofía de la conciencia a la reivindicación de la conciencia moral)*. Madrid: Revista de Filosofía Moral y Política, N.º 36, enero-junio. ISEGORÍA
- Lacan, J. (1972). *Conferencia de Lacan en Milán del 12 de mayo de 1972*. Obtenido el 5 de Octubre del 2013 desde <http://psicologogreco.com.ar/2011/05/conferencia-de-lacan-en-milan>
- Melman, Ch. (2005). *El hombre sin gravedad: gozar a cualquier precio: Entrevista con Jean Piere Lebrun*. (1ª edición). Rosario: EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DEL ROSARIO.